

HC 239.5
P6.071
e.2

La Pobreza en la Teoría Económica

Una Revisión Bibliográfica

Eduardo J. Ortiz F.

Borradores de Trabajo

La Pobreza en Venezuela. Causas y Posibles Soluciones

No. 1 - Septiembre 1997

Presentación del Proyecto

En 1996, un grupo de personas convocadas por la Asociación de Universidades Jesuíticas de América Latina (AUSJAL) se reunió en Caracas para discutir un proyecto embrionario de investigación sobre la pobreza en el subdesarrollo con una perspectiva Latinoamericana. A raíz de esa discusión el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello presentó un proyecto de investigación para el caso venezolano.

Este proyecto se planteó como un conjunto de investigaciones parciales cuyo objetivo general es la identificación de los obstáculos (o causas) que impiden que los grupos sociales que calificarían como pobres dejen de serlo. Las causas u obstáculos para la superación de la pobreza se enmarcan en lo que el proyecto de investigación delimita como:

- Determinantes Socio-culturales
- Determinantes Económicos y, los
- Determinantes Político-Institucionales

Cada uno de estos determinantes de la pobreza corresponden a una diferenciación analítica del problema y se enmarca en lo que son los campos o disciplinas para el estudio de la sociedad, las cuales, para los efectos del estudio propuesto, representan investigaciones parciales del proyecto global de carácter multidisciplinario.

La aspiración es que el encuentro de los distintos abordajes del problema permita la construcción de una perspectiva global sobre la pobreza en Venezuela, la cual se alimente de los resultados que

vayan arrojando las distintas investigaciones parciales y su lectura permanente a partir de la confrontación con teorías agregadas sobre el tema de la pobreza.

Este esfuerzo de largo plazo, residenciado en la UCAB a través de su Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, sólo ha sido posible gracias al auspicio de la Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales, organización que nuclea a un conjunto de empresas y personas, las cuales además de ser el soporte financiero al proyecto, velan por que los estudios tengan aplicación práctica y sean fuente de inspiración para las acciones públicas del Estado y la sociedad civil venezolana.

El Autor

Eduardo J. Ortiz F. es venezolano, economista de la Universidad Central de Venezuela (UCV), con estudios de postgrado en Instituciones Financieras en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Es además Licenciado en Filosofía (Universidad de Comillas - España), así como Licenciado (Heythrop College - Londres) y Doctor (Universidad Gregoriana - Roma) en Teología. Actualmente da clases de Microeconomía y Modelos de Crecimiento, en la UCAB y la UCV. Desde Septiembre de 1991 es Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB.

Contenido

Contenido.....	1
1. Panorama General.....	2
1.1 En busca de El Dorado	2
1.2 Punto de partida y límites.....	3
1.3 Crecimiento y Desarrollo.....	5
1.4 Entre la macro y la microeconomía.....	8
2. Los Años Sesenta	12
2.1 Causas extraeconómicas	12
2.2 Briznas de un tapiz	13
2.3 A imagen suya los creó.....	14
2.3.1 Límites	19
2.3.2 Aportes.....	21
2.4 Como uno de nosotros.....	23
2.4.1 Valoración	27
2.5 Sal de tu tierra.....	30
2.5.1. ¿Paraíso o Infierno?.....	32
2.6 Balance	34
3. Los Años Noventa	37
3.1 Nuevas perspectivas.....	37
3.2 Medición de la Pobreza	39
3.2 Década perdida.....	44
3.4 Crecimiento	49
3.5 Equidad.....	56
3.6 Capital Humano	62
3.7 Convergencia.....	66
3.8 Paradigmas	70
3.9 Ética y Política	77
4. Conclusión.....	85
BIBLIOGRAFÍA	lxxxviii

1. Panorama General

1.1 En busca de El Dorado

Uno de los primeros historiadores de la conquista de Venezuela, José de Oviedo y Baños, trata de reproducir las cavilaciones del alemán Felipe de Utré¹ antes de embarcarse en una de sus expediciones en busca de El Dorado. "Porque engañado también de la ponderación, y circunstancias con que los soldados de Benalcázar pintaban en el Nuevo Reino los tesoros y excelencias de su mentido Dorado, abandonó la felicidad y conveniencias que gozaba ... por seguir la incertidumbre de una dudosa esperanza"².

Semejante es la sensación que se experimenta al intentar una vez más salir en busca de soluciones al problema de la pobreza en un contexto latinoamericano.

¿Tiene sentido volver a recorrer un camino mil veces hollado por intelectuales y políticos, que en las últimas décadas han terminado su intento una y otra vez con las manos vacías y las ilusiones rotas?

La testarudez de los primeros conquistadores sólo tiene una explicación. El premio avizorado era tan fabuloso, que merecía la pena arriesgar todo frente a la posibilidad remota de alcanzarlo. Y su éxito o fracaso es analizado hoy con nuevos ojos. Nunca encontraron las tierras con lagos de oro, pero abrieron caminos al poblamiento, los cultivos agrícolas, la fundación de ciudades, y el entramado de comunicaciones entre regiones aisladas y hasta entonces inaccesibles. Hicieron posible, en pocas palabras -y sin dejar de lado sus caminos muchas veces tortuosos, ni su estela de sangre y destrucción- el nacimiento y consolidación de un Nuevo Mundo.

Podemos decir lo mismo de los intentos pioneros que jalonaron el pensamiento y la política latinoamericanos en los años cincuenta y sesenta de este siglo, donde se sucedieron las tentativas de mentes preclaras y líderes soñadores, tratando de

formular unas nuevas estructuras y relaciones, internas e internacionales, bajo modelos que por entonces se aglutinaron bajo el lema genérico del *desarrollo*.

Es verdad que desde entonces Latinoamérica no ha logrado modificar su posición subordinada en la geopolítica, ni en el nuevo orden económico internacional. Tampoco ha conseguido reducir sensiblemente sus niveles de pobreza, ni la desigualdad entre sectores sociales dentro de cada país. Pero sería injusto afirmar que aquellos intentos no han servido para nada. Abrieron caminos, alcanzaron metas momentáneas y parciales, señalaron rumbos, dejaron patentes los límites de sus aspiraciones, y pusieron los cimientos sobre los que todo nuevo intento de construir un mundo más humano tendrá que apoyarse.

El que a pesar de tanto fracaso hoy se siga discutiendo el tema, refleja la convicción extendida de que no es posible resignarse ante la miseria de millones de personas que malviven día a día sin conocer el bienestar, y mueren prematuramente al margen de la bonanza y esplendor de un entorno que les está vedado.

Las motivaciones por las que cada quien se embarca en esta empresa pueden ser múltiples y hasta parcialmente contradictorias³, pero el tema continúa ocupando un espacio considerable en las revistas especializadas, y sigue siendo objeto de foros, conferencias y encuentros en diversos países y regiones.

En las páginas que siguen, nuestro objetivo va a ser escudriñar los apuntes de viaje de los buscadores pasados y presentes de ese nuevo El Dorado, ver qué observaciones siguen siendo válidas, cuáles quizás no sirven, y hacia dónde se puede apuntar para alcanzar la meta, o al menos acercarse a ella.

Necesariamente este escrito entrará a formar parte de esa gruesa corriente en la que todos bebemos. Sería pretencioso y vano intentar decir la última palabra o aportar soluciones originales o definitivas sobre un problema tan arduo. Pero el esfuerzo merecerá la pena si al menos se

¹ En realidad, Philipp von Hutten. El Emperador Carlos I (V de Alemania) entregó por unas décadas el territorio de Venezuela a los banqueros alemanes de la Casa de los Bélzares (o Welser) de Augsburgo como pago por deudas contraídas en sus luchas europeas.

² Oviedo y Baños, José (1982) p. 134. Original de 1723.

³ En un papel anterior, que pretendía servir como anteproyecto de la investigación en la que se inserta este trabajo, se desarrollaron algunas de estas motivaciones agrupadas bajo la perspectiva religiosa, humanista, política y económica. Ver Eduardo J. Ortiz (1996) pp. 7-14.

logra dar un sólido paso adelante. Esa es nuestra esperanza.

1.2 Punto de partida y límites

Como se acaba de apuntar, la meta de este trabajo no es decir lo que nadie ha formulado antes, ni ofrecer soluciones que hasta ahora no se hayan planteado. Tampoco existe la pretensión de concentrarse sobre un aspecto particular hasta agotarlo.

Su objetivo es más bien recoger, ordenar y comentar lo más esencial de la literatura especializada, cuando aborda las manifestaciones de la pobreza latinoamericana, sus causas y soluciones.

Ante una pretensión tan amplia y difusa es necesario desde un principio definir alcances y establecer límites.

No se intenta presentar un recuento exhaustivo de toda la literatura existente. Probablemente eso supondría una tarea imposible, y además en gran parte inútil, porque muchos trabajos son una simple repetición y síntesis de otros anteriores.

Lo que se busca es presentar una colección amplia de propuestas, tratando de agruparlas por periodos históricos y temas, de manera que sirvan de encuadre y soporte a investigaciones posteriores sobre aspectos más específicos y situaciones más concretas.

Los criterios de selección necesitan seguir algunas pautas que vamos a reseñar aquí someramente.

En primer lugar se van a privilegiar los trabajos que tratan de abordar el tema del desarrollo desde una perspectiva global a nivel latinoamericano, y no tanto los estudios nacionales, que por lo demás muchas veces ejemplifican rasgos que son comunes a los demás países de la región.

En cuanto a la manifestación de la pobreza que se desea aminorar o combatir existe en las propuestas sobre el tema una dualidad que será preciso asumir como complementaria⁴. En primer lugar se pue-

de hablar de la pobreza de los países latinoamericanos, en relación con lo que se ha venido a llamar primer mundo o países desarrollados. Acabar con la pobreza significa entonces disminuir o hacer desaparecer las diferencias internacionales a nivel de acceso a, y aprovechamiento de, los recursos disponibles.

Pero se da también un fenómeno quizás más chocante de desigualdad interna dentro de cada país. Como apuntaba certeramente la *Constitución Apostólica sobre la Iglesia en el Mundo Actual* del Concilio Vaticano II "mientras muchedumbres inmensas carecen de lo estrictamente necesario, algunos, aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia o malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria." (n. 63). Las élites de nuestros países poco tienen que envidiar a los privilegiados de otras latitudes. Pero la gran mayoría de la población padece unos estándares de vida muy inferiores a los que se consideran mínimamente adecuados para vivir dignamente.

Por otra parte, ambas perspectivas son complementarias. En primer lugar porque un país más rico tiene más que repartir entre sus ciudadanos, por lo que se puede participar de una porción igual o hasta menor del producto total y gozar de mayor bienestar que la contraparte en un país pobre; pero además porque el desarrollo trae consigo unas ventajas en forma de bienes públicos y externalidades⁵ que afectan favorablemente a toda la población.

Nuestra atención se centrará en uno u otro aspecto de acuerdo a los intereses de los autores o enfoques estudiados aunque, por razones que se detallarán más adelante, determinadas épocas han concentrado más su atención en uno u otro de ellos.

Siguiendo con las acotaciones en el tratamiento del tema de la pobreza, es evidente que las causas y soluciones deben ser buscadas en casi todas las mani-

⁴ En estos párrafos se dan por supuestas, o no se abordan, muchas cuestiones introductorias tales como la definición de "pobreza" o la conveniencia o no de seguir determinados caminos para salir de ella (p.ej. ¿se puede combatir la pobreza sin ser pobre? ¿es el modelo de desarrollo del primer mundo un ejemplo a seguir? ¿cómo se pueden combinar en la lucha contra la pobreza el pragmatismo político y la coherencia ideológica?). Varios de estos

temas se tocan con algún detalle en el anteproyecto mencionado en la nota anterior (pp. 1-7, 15-24, 57-58).

⁵ Servicios, básicamente sociales y de infraestructura, aportados por el Estado, y beneficios (como por ejemplo hábitos globales de comportamiento, facilidades culturales, o menores niveles de contaminación) de los que la mayoría de la población goza sin tener que pagar por ellos.

festaciones del quehacer humano. Por eso se puede abordar el problema desde una perspectiva teológica, psicológica, jurídica, comunicacional, histórica, literaria, educativa, arquitectónica o de cualquier otro campo de las ciencias y las artes.

Pero vamos a privilegiar las perspectivas económica y socio-política. Más aún, en la búsqueda de materiales escritos vamos a concentrarnos más en el área de la economía. Lo socio-político será entonces visto como un entorno que favorece u obstruye la adopción de medidas económicas apropiadas para la solución del problema.

Este enfoque está justificado en parte porque la pobreza tiene una connotación inmediata de tipo económico. Se considera pobre al que carece de los recursos monetarios suficientes para proveerse de los medios mínimos de subsistencia. Y aunque se reconozca que la pobreza se manifiesta en muchos otros ámbitos (carencia de poder político, de educación apropiada para abrirse paso y progresar dentro de la sociedad, de igualdad efectiva ante la ley), o hasta se pueda afirmar que la pobreza no es una cualidad innata sino hereditaria, y que por tanto depende de condicionamientos previos no siempre ni totalmente económicos, sigue siendo verdad que su presencia se percibe y se mide generalmente, al menos en una primera aproximación, a través de los niveles de ingreso de la población bajo estudio. En este sentido, acabar con las manifestaciones económicas de la pobreza es una buena manera de comenzar a destruir a esa sierpe de mil cabezas.

Pero la adopción de la perspectiva económica en este trabajo tiene también que ver con la preparación y capacidad de quien lo realiza. Si se ha elegido para ello a alguien cuya profesión actual es la de economista, es de suponer que se espere mayor profundización y detalle en este aspecto. Otros -sin excluir tampoco a economistas con áreas de especialización y perspectivas diferentes- podrán complementar desde sus disciplinas respectivas lo que aquí se diga.

Por fin hay que fijarse un punto de partida cronológico.

La preocupación por la pobreza es casi tan antigua como la humanidad. Las primeras manifestaciones escritas de las culturas conocidas suelen enfrentar de una u otra manera el asunto de la desigualdad social.

Podemos recordar algunos textos bíblicos antiguos ("¡Nunca dejará de haber pobres en la tierra! Por eso yo te digo: 'Abre la mano a tu hermano, al pobre, al indigente de la tierra' " Deuteronomio 15,11) o los primeros balbuceos de la poesía castellana en los que Gonzalo de Berceo nos habla de un simple campesino que "partiélo con los pobres - todo cuanto ganava", por lo que al morir oye de labios de Nuestra Señora: "Sepas que es tu cosa - toda bien acabada / venida es la ora - de prender la soldada"⁶.

Pero, con las matizaciones que toda generalización sugiere, en las consideraciones de los primeros siglos, hasta bien entrada la Edad Moderna, resaltan los aspectos humanitarios de la compasión, los ético-teológicos de la justicia, o hasta los socio-religiosos de la resignación. Los principales remedios, con insistencia particular en la necesidad de la limosna, son de carácter asistencial.

Por supuesto que, ya desde la época de los esclavos, no faltan movimientos y revueltas de carácter desesperado que rara vez alcanzan la victoria. Entre éstos la historia otorga una consideración especial a la Revolución Francesa, que por otra parte abre la puerta con sus excesos y divisiones internas al absolutismo napoleónico.

En el terreno de las ideas es en el s.XIX cuando se desarrollan análisis más elaborados entre los que podemos destacar los aportes de Karl Marx, y las diversas corrientes socialistas que unas veces se complementan y otras se combaten entre sí. También las encíclicas pontificias comenzaron por entonces -quizás alarmadas por los avances de los movimientos obreros marxistas, más que impulsadas por el deseo de tomar la iniciativa en un terreno donde la institución eclesiástica siempre se ha sentido expuesta e insegura- a hablar un nuevo lenguaje donde la justicia exigía una reestructuración de las relaciones sociales existentes⁷.

⁶ *Milagros de Nuestra Señora*. Milagro V.

⁷ Siempre se ha considerado pionera en esta línea a la *Rerum Novarum* de León XIII (1891), que ha servido incluso de referencia cronológica a muchos de los mensajes pontificios ulteriores sobre el mismo tema (la *Quadragesimo Anno* de Pío XI, la *Octogesima Adveniens* de Pablo VI y la *Centesimus Annus* de Juan Pablo II).

Pero es a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando el *desarrollo* se convierte en el tema central de las reflexiones socio-económicas y los programas políticos de los gobiernos y organismos internacionales⁸. Dos conflagraciones bélicas y una gran depresión en el período de entreguerras, habían hecho reflexionar a los países conductores de la política mundial sobre la necesidad de instrumentar nuevos caminos de diálogo y convivencia. La lucha por conquistar nuevos mercados había llevado a confrontaciones aniquiladoramente destructivas; las crisis generadas entre otras razones por la falta de suficientes regulaciones supervisoras de las actividades económicas (*crack* de la Bolsa de Nueva York) habían puesto en entredicho las bondades de un liberalismo a ultranza; los movimientos independentistas en las naciones de Asia y África obligaban a un redimensionamiento radical de las relaciones internacionales; la expansión de los regímenes socialistas dentro de la misma Europa exigía reformas profundas en los regímenes de propiedad, y políticas más agresivas para contrarrestar la fascinación que esos nuevos modelos podían ejercer sobre los maltrechos países tercermundistas.

Es éste el punto de partida que vamos a adoptar en nuestra reflexión.

1.3 Crecimiento y Desarrollo

Ya desde los tiempos de Schumpeter, se ha tratado de distinguir los conceptos de crecimiento y desarrollo como dos facetas distintas de un mismo proceso, o hasta dos fenómenos aparentemente iguales pero profundamente distintos.

La distinción original de Joseph Alois Schumpeter (1883-1950) no dejó escuela. Fascinado por los avances tecnológicos de su tiempo, clasificó la evolución económica del mundo en dos fases. Hasta entonces había predominado el crecimiento, caracterizado por la recurrencia de "cambios continuos ... pasos infinitamente pequeños ... procesos de adaptación ... ajustes constantes"⁹. El motor fundamental de este crecimiento era el simple in-

cremento de la población. Era preciso crecer, aunque sólo fuera para mantener constante el ingreso *per cápita*.

Pero ese mundo de buque y carreta había dejado de existir con el estallido del s. XX. Los avances tecnológicos habían inundado el mercado con nuevos productos, y el proceso productivo había recibido estímulos inesperados con la apertura de nuevos mercados, la aparición o explotación comercial de nuevas materias primas, fuentes de energía revolucionarias (electricidad, petróleo), nuevos métodos de producción (cadena en la industria automotriz), y una creativa reorganización de la industria (ese mismo año de 1911 Frederick Winslow Taylor está publicando *The principles of scientific management*).

Schumpeter denomina a este nuevo proceso *desarrollo*¹⁰, y lo caracteriza como: "alteraciones espontáneas y discontinuas en los cauces de la corriente circular, que desplazan el centro de equilibrio ... cambios revolucionarios ... cambios cualitativamente diferentes"¹¹. Mientras el crecimiento responde a la demanda existente, en el desarrollo es la oferta quien toma la iniciativa, creando nueva demanda.

El mismo Schumpeter percibió al final de su vida que el panorama había cambiado substancialmente en medio siglo. Las macroempresas habían creado sus propios departamentos de investigación y desarrollo, donde el empresario innovador de hacía unas décadas había perdido su razón de ser. La mecanización del progreso convertía los inventos en algo rutinario y a los antiguos generales, curtidos en el campo de batalla, en gerentes de un cuartel. "El caudillo está en vías de con-

⁸ Sunkel Osvaldo - Pedro Paz. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Siglo XXI, México, 1982 (16ª edición). "Primera Parte".

⁹ Schumpeter (1976) pp.73-76. Original de 1911 (salido a la luz en 1912).

¹⁰ El traductor del FCE habla de *desenvolvimiento*, pero el austriaco Schumpeter insertó en su título original la palabra *Entwicklung*, y tras su emigración a Estados Unidos reeditó la obra incluyendo el término *development*. La traducción castellana es, por tanto, *desarrollo*.

¹¹ Ver nota 9. La corriente circular es para Schumpeter un punto de partida teórico de economía estacionaria y pleno empleo, donde no hay crecimiento neto de la inversión, ni aumenta la población: cada período consume bienes de la misma clase y en la misma cantidad producidos en el período inmediatamente anterior, y produce para el subsiguiente; el dinero juega un rol meramente pasivo, como medio de intercambio que se adapta al volumen de los bienes reales.

vertirse en otro empleado de oficina más"¹².

Después de Schumpeter, estos dos conceptos (crecimiento y desarrollo) se han mantenido separados, pero han adquirido significados nuevos.

Hoy hablar de crecimiento y desarrollo es hacer referencia a lo parcial o a lo total. El crecimiento se fija únicamente en el incremento de unas cifras promedio que tienen que ver con la actividad económica, mientras que el desarrollo desea abarcar una gama más amplia de indicadores que reflejen el bienestar social.

El *crecimiento económico* mide el ingreso *per cápita*, la proporción de mano de obra dedicada a las actividades primarias (agrícolas, de extracción mineral, silvicultura, pesca), la importancia relativa del comercio exterior, el valor agregado de la producción manufacturera como porcentaje del PIB, la relación capital/trabajo, la porción del ingreso nacional dedicada a la inversión, la productividad de la mano de obra y el capital.

Para coadyuvar al crecimiento se requieren cambios estructurales tanto por el lado de la oferta (recursos adicionales, acumulación de capital, crecimiento de la población, introducción de avances técnicos en el proceso productivo, mejoramiento de la formación humana, cambios institucionales y organizacionales) como por el de la demanda (composición, tamaño y edad de la población, nivel y distribución del ingreso, gustos, una nueva cultura y conformación de la sociedad).

Desde la perspectiva actual, este enfoque nos puede parecer estrecho e insuficiente. Pero es preciso captar el entusiasmo surgido a principios de siglo por la aparición de las primeras series estadísticas confiables sobre conceptos que hasta entonces se captaban apenas por intuición o se dejaban de lado por inalcanzables. Todavía hoy se siente cierta curiosidad y extrañeza al leer artículos de hace menos de medio siglo en los que por ejemplo Simón Kuznets, que ganó por ello el Premio Nobel de Economía en 1971, nos explica las dificultades metodológicas que tuvo que enfrentar al construir las primeras series sobre crecimiento del producto en los Estados Unidos¹³.

¹² Schumpeter (1983) cap. XII. Original de 1950.

¹³ Kuznets (1958) en Ramírez (1985) Lectura 10, donde todavía utiliza como sinónimos cre-

También Latinoamérica comenzó a construir sus primeras series en los años treinta y cuarenta, en un proceso paralelo a la creación de sus Bancos Centrales¹⁴.

Da mayor seguridad y satisfacción, por débiles que puedan ser todavía las cifras en las que se apoyan esas afirmaciones, aseverar que un país creció en determinada década un 3,76% interanual, con una desviación típica de 1,28%, que apuntar simplemente a la existencia de indicios en base a los cuales se puede sospechar que al final de la década la situación general había mejorado sensiblemente.

Es también comprensible que por entonces surgieran los primeros modelos matemáticos de crecimiento en equilibrio, que curiosamente nunca fueron aplicados por sus creadores a situaciones concretas, probablemente porque se percibían como excesivamente esquemáticos y simples. Nos referimos a los modelos de Harrod-Domar, Solow, Meade, Kaldor o Kalecki, por mencionar algunos.

Pero al mismo tiempo aparecieron también algunas críticas. No era lo mismo hablar de crecimiento económico que de *bienestar económico*. Era necesario diferenciar entre lo cuantitativo y lo cualitativo. Utilizando la expresión aparecida en la primer edición del manual de Economía de Samuelson, con sabores de postguerra, pero que debido a su éxito todavía se conserva en su decimoquinta edición, no era lo mismo producir "cañones que mantequilla". Era necesario contabilizar de algún modo la calidad de lo producido y los costos sociales del crecimiento o, con otra expresión que logró anclarse en el lenguaje de la calle, había que programar un "desarrollo sostenible".

Además resultaba indispensable analizar la distribución interna del ingreso, para desentrañar lo que se escondía en cada caso bajo las estadísticas aparentemente neutrales de un producto *per cápita* promedio.

cimiento y desarrollo. Ver también los artículos de M. Abramovitz, E. Denison y Z. Griliches en Rosenberg (1979).

¹⁴ Para el caso venezolano ver los seis volúmenes publicados por el Banco Central de Venezuela en ocasión de su cincuentenario (1990). Un intento aventurado de remontarse más atrás, hasta los orígenes de Venezuela separada de la Gran Colombia (1830) en A. Baptista (1991).

Más aún; ya ni siquiera era suficiente hablar de bienestar económico, sino que era preciso extender la panorámica hasta tratar de cuantificar el *bienestar social*, donde se introdujeran indicadores que reflejaran la situación de un país en las áreas de educación, salud, vivienda, servicios públicos, seguridad o medio ambiente

¹⁵

En todo caso, está siempre en el fondo el problema de la cuantificación. Se discute qué se va a calcular, o se debate cuáles son los mejores instrumentos de medición de los diversos fenómenos, pero no se pone en duda que todo lo importante pueda ser reducido a un número. Al menos en determinados círculos. Porque ya entonces se comienza a avizorar entre los economistas y científicos sociales esa mezcla de temor-atracción hacia el instrumental matemático, que se ha agudizado en nuestros días.

Cuando Arthur Cecil Pigou escribió en 1919 su *Economía del Bienestar*, se encontró frente al dilema de cómo expresar cuantitativamente ventajas y valores subjetivos en cierta medida incommensurables. Consciente de la dificultad, se inclinó por la adopción de un criterio restrictivo, pero a su juicio suficientemente representativo del conjunto. Si se quería hablar en términos comparativos, y decidir cuándo una situación final mejoraba o empeoraba el bienestar del que se gozaba en la situación inicial, era suficiente concentrarse en el bienestar económico, y dentro de sus diversos indicadores privilegiar el del ingreso.

"Una investigación general de todos los grupos de causas que pueden afectar al bienestar, constituiría una tarea tan penosa y complicada como impracticable ... El único instrumento de medida aprovechable en la vida social es el dinero. Por consiguiente, el alcance de nuestra investigación se restringe a aquella parte del bienestar social que puede ponerse en relación, directa o indirectamente, con el patrón monetario de medida. Esta parte del

bienestar puede denominarse el bienestar económico" ¹⁶.

"Al demostrar el efecto ejercido por alguna causa sobre el bienestar económico, podemos, a menos que tengamos evidencia de lo contrario, considerar a este efecto como probablemente equivalente en dirección, aunque no en magnitud, al efecto que actúa sobre el bienestar total; y, análogamente, al demostrar que el efecto de una causa es más favorable para el bienestar económico que el de otras, podemos siguiendo el mismo método, llegar a la conclusión de que el efecto de esta causa es más favorable para el bienestar total" ¹⁷.

Por el lado contrario, más escéptico sobre el valor explicativo de las cifras, nos encontramos entre otros con Friedrich A. von Hayek, uno de los ideólogos más connotados de la corriente liberal, que en el discurso de aceptación del Premio Nobel en Economía en 1974, diserta sobre la *pretensión del conocimiento* y fustiga la tendencia de cuantificar todo lo imaginable, e ignorar como inexistente lo no cuantificable.

"Al revés de lo que ocurre en las ciencias físicas, en la economía y otras disciplinas que se ocupan esencialmente de fenómenos complejos, los aspectos de los hechos que deben explicarse, acerca de los cuales podemos obtener datos cuantitativos, son necesariamente limitados y pueden no incluir los más importantes ... Según este criterio, pueden existir sin duda mejores pruebas 'científicas' a favor de una teoría falsa, que se aceptará porque es más 'científica', que a favor de una explicación válida, rechazada porque no se apoya en suficientes pruebas cuantitativas" ¹⁸.

Es en esta encrucijada donde se han separado de hecho hoy en día muchas de las disquisiciones sobre crecimiento y desarrollo. Los tratados sobre *desarrollo* son predominantemente analíticos y narrativos, mientras que los de *crecimiento* se han manifestado en modelos cada vez más complejos y sofisticados, cuya lectura más de una vez resulta inaccesible incluso

¹⁵ Se puede encontrar un buen resumen de este proceso de ampliación de horizontes en la introducción a la obra de Meier-Baldwin (1957). La Oficina Central de Estadística e Informática realizó un primer intento de calcular un Índice de Bienestar Social para Venezuela en 1992. Actualmente esta Oficina, junto con el PNUD y el FNUAP publica periódicamente un *Índice y Entorno del Desarrollo Humano*.

¹⁶ Pigou (1946) p. 9.

¹⁷ *Ibidem*; p. 17.

¹⁸ En *Los Premios Nobel de Economía 1969-1977* (1978) pp.246 y 247.

para el grueso de los que cultivan la profesión de economista ¹⁹.

Robert Barro, que ha contribuido en gran parte a esta revitalización del tema después de unas décadas de ocultamiento, lo señala abiertamente en la introducción a su libro reciente, y ya clásico, sobre crecimiento económico.

"El campo del crecimiento económico se ha reavivado. Cuando comencé a estudiar economía, hace casi dos décadas, este campo estaba adormilado. Los cursos en macroeconomía incluían a lo más una breve sección sobre crecimiento económico a largo plazo. E incluso ésta se encontraba por lo general al final del programa. Era parte del material que el profesor, siempre presionado por el calendario, nunca tenía tiempo de explicar en clase. Hoy, el crecimiento económico es una parte central del estudio de la macroeconomía" ²⁰

Quizás la mayor novedad en la nueva teoría del crecimiento, aparte de la acumulación de variables y métodos de optimización dinámica cada vez más elaborados (lo que era bueno o equilibrado ayer no tiene por qué serlo hoy) está en la importancia que se ha dado al factor humano.

En los modelos de los años sesenta los incrementos en productividad se explicaban fundamentalmente como efecto de una dotación cada vez mayor de capital por persona ocupada. Hoy se presta cada vez más atención al mejoramiento de la capacitación de la mano de obra a través de la formación externa y el aprendizaje en el trabajo. Complementariamente se da cada vez más importancia a la difusión del conocimiento, por la que las mejoras intro-

¹⁹ Se han escrito últimamente miles de páginas sobre el tema. Los economistas se muestran preocupados porque una proporción cada vez más significativa de los candidatos a Ph.D. en Economía en las Universidades norteamericanas son matemáticos e ingenieros. Surge entonces la preocupación de si la economía irá olvidando poco a poco su carácter de ciencia social. El tema fue abordado de nuevo en la entrega del premio Nobel de 1975 (Kantorovich - *The American Economic Review*, December 1989) y en el discurso de Apertura del 103 Encuentro de la *American Economic Association* pronunciado por su Presidente Gerard Debreu (*The American Economic Review*, March 1991)

²⁰ Barro (1995) p. xv

ducidas en una industria inciden positivamente sobre todo el resto de la economía, que absorbe los nuevos aportes y los integra a su proceso productivo ²¹. Bastaría pensar en cómo han cambiado en pocos años la faz del mundo los progresos revolucionarios en el área de la informática.

También las reflexiones sobre el desarrollo han seguido su curso, y se habla frecuentemente, con un juego de palabras, de los desarrollos experimentados en los estudios sobre el desarrollo ²².

De esto vamos a tratar en las próximas páginas. Pero antes hagamos una última reflexión introductoria.

1.4 Entre la macro y la microeconomía

En el conjunto de la teoría económica ha habido una fluctuación pendular de diversas épocas entre la macro y la microeconomía.

Los primeros economistas "modernos", desde los clásicos hasta Marx, tenían una visión eminentemente macroeconómica. Estaban interesados por el cambio global de variables fundamentales en el conjunto de la nación. Les preocupaba investigar en qué consistía la riqueza, cómo se producía, distribuía y consumía; qué factores influían sobre la distribución del ingreso entre los factores productivos; cómo se fijaban los precios; qué criterios había que seguir para beneficiarse del comercio con otras naciones.

Un siglo más tarde, entre finales del XIX y comienzos del XX, diversas escuelas que más tarde fueron llamadas marginalistas o neoclásicas, plantearon que era imposible conocer bien el todo sin analizar los patrones de comportamiento de las partes. Para lograr el equilibrio entre oferta y demanda era preciso saber previamente qué motivaba a los hogares a consumir, y en qué condiciones estaban las empresas dispuestas a satisfacer esa demanda. Partiendo de la intuición de Adam Smith, tomada a su vez de Mandeville, de que la

²¹ Entre los representantes de esta nueva corriente que se ha dado en llamar de "crecimiento endógeno" ocupan un lugar especial los aportes de P.M. Romer, algunos de los cuales se citan en la bibliografía.

²² Hay varios artículos sobre "New developments in development" en *The American Economic Review* Vol.83 (May 1993) N°2.

prosecución de los intereses individuales redundaba en un mayor bienestar de toda la sociedad, se trabajó bajo la hipótesis de que el objetivo fundamental buscado por los demandantes era la maximización de su satisfacción (utilidad) personal, y que el norte de la oferta consistía en la maximización del beneficio. Bajo estos criterios "orientadores" se estudió el comportamiento de los diversos tipos de mercado (competencia perfecta e imperfecta; bienes y factores de producción) y se plantearon los criterios básicos del equilibrio general y la economía del bienestar.

Fue Keynes quien en la década de los cuarenta echó por tierra o relativizó, según los casos, algunos supuestos fundamentales de la economía anterior, que él llamo clásica o académica, y puso en cuestión la capacidad del mercado de solucionar él solo los problemas más importantes de la humanidad. Evidentemente, la gran depresión por la que estaba atravesando el mundo estimuló por una parte su inventiva, e hizo por otro lado que sus nuevas propuestas encontraran un terreno preparado para recibir las y tomarlas en cuenta.

Se volvía así a la perspectiva macroeconómica, aunque en un estado más elaborado que el de los clásicos. En primer lugar, los instrumentos y modelos de análisis fueron heredados en gran parte de los neoclásicos. Ya entonces no se podía prescindir de los apoyos gráficos y matemáticos. Pero la mayor diferencia de fondo consistió en el papel preponderante concedido al Estado como regulador y árbitro de la política económica, y como enderezador de las distorsiones creadas por una economía de libre mercado.

Desde el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt hasta las socialdemocracias europeas y los gobiernos populistas latinoamericanos, e incluso los programas socialcristianos y las dictaduras militares, desarrollaron sus planes nacionales de crecimiento y desarrollo durante tres décadas bajo la idea del "Estado de Bienestar" de inspiración keynesiana.

Como es bien sabido, el péndulo se ha ido una vez más en los años recientes al lado opuesto. El enfoque clásico, ayudado en parte por el agotamiento y fracaso parcial de las políticas intervencionistas keynesianas, y apoyado en los análisis más realistas surgidos en las últimas décadas en el campo de las ciencias políticas sobre las limitaciones y perversiones del Estado, y las dudas consecuentes sobre su capacidad de actuar como árbitro y rector del

bien común, ha invadido de nuevo el área macroeconómica bajo diversos rostros y etiquetas a partir de la década de los ochenta.

La conjunción, para unos fatídica y para otros afortunada, del triunfo conservador en Inglaterra con Margareth Thatcher, y de la vuelta en Estados Unidos de los republicanos al poder bajo el liderazgo de Ronald Reagan, propiciaron un cambio de ideología que bajo la forma del monetarismo (Milton Friedman), las expectativas racionales (Robert Lucas, Thomas Sargent, Robert Barro) o las políticas de oferta (Martin Feldstein, Arthur Laffer, Norman Ture), propugnaron que también los objetivos macroeconómicos de crecimiento con pleno empleo y estabilidad de precios se lograban más adecuadamente, y con menos costo social, eliminando regulaciones e intervencionismos, y aceptando el funcionamiento sin trabas de las reglas del mercado. Como recalcan las nuevas tendencias con un argumento a primera vista impresionante, es más difícil que se equivoquen millones de personas (los oferentes y demandantes) al preguntarse qué es lo más conveniente para ellos, que unos cuantos funcionarios públicos que manejan algo que no es suyo, con conciencia de provisionalidad, y buscando preferentemente ampliar sus cuotas de poder a cualquier precio.

Las teorías sobre crecimiento y desarrollo no podían mantenerse al margen de estos cambios de rumbo. Limitándonos a los dos períodos en los que vamos a concentrar nuestra atención en este estudio (los años sesenta y los noventa) nos encontramos en el primer caso con el período de las visiones globales y las grandes líneas maestras. Los planes de desarrollo de los años cincuenta y sesenta más que macroeconómicos eran "megaeconómicos". Trataban de reestructurar el orden económico mundial bajo nuevas prioridades y principios, siguiendo esquemas diseñados y propugnados por los gobiernos, y asesorados por economistas y organismos de cuño keynesiano²³.

No es que se descuidara, como veremos más adelante, la búsqueda de algunas variables fundamentales que pudieran

²³ Incluso los mayores oponentes de esta tendencia, de inspiración marxista, estaban de acuerdo en que la forma de imponer su propia visión del desarrollo sólo podía tener éxito haciéndose con el poder político a través de una revolución violenta.

poner en movimiento el conjunto de la nueva economía; pero estas variables (por ejemplo el ahorro o la inversión) eran asumidas de una manera agregada, y sin prestar mucha atención a los problemas particulares de los diversos sectores que podían influir en su crecimiento, ni a las fuerzas contrapuestas que eventualmente podían entrar en conflicto. Los ideólogos de aquella época eran Generales de Estado Mayor, que dictaban las grandes líneas de acuerdo a las cuales se iba a desarrollar la batalla, y dejaban a los oficiales de menor rango que resolvieran los imprevistos y llevaran a cabo las pequeñas escaramuzas.

Nadie negará la utilidad de tal perspectiva. Se buscaba dominar el bosque sin permitir que la atención a cada árbol hiciera perder de vista el plan global. Todavía hoy se vuelve una y otra vez a esa panorámica más amplia, que permite contemplar cómo ha quedado el conjunto después de haberse enfrascado en la solución de un problema local.

El atractivo y hechizo de esa postura viene confirmada por el hecho de que todos los programas idealistas (tanto por el lado político como por el eclesiástico) la privilegian consistentemente. Los planes de gobierno y las encíclicas pontificias se recrean por igual en esa contemplación olímpica del universo, en la que con mano extendida, como el Dios creador de la Sixtina, se apunta a los proyectos por hacer, y se conmina a los instrumentos necesarios para lograrlos con un majestuoso y estremecedor "hágase la luz".

Por razones semejantes a las que provocaron, a un nivel más general, el progresivo alejamiento de lo macroeconómico y el énfasis en lo microeconómico, los proyectos de desarrollo, y sobre todo las consideraciones sobre la eliminación o disminución de la pobreza, se han concentrado, al menos en las dos últimas décadas, en la planificación y evaluación de pequeños aspectos y programas-piloto que, después de un largo seguimiento, demuestren su eficacia como instrumentos de un plan más global.

Si con tantos recursos económicos y políticos orientados a una meta, los niveles de pobreza colectiva y sectorial de los países subdesarrollados más bien se acrecentaban, y los esfuerzos colectivos eran desahuciados reiteradamente por las Naciones Unidas con el ominoso remoquete de "década perdida", algo muy importante

no se estaba tomando en cuenta, o estaba funcionando mal.

Un caso especialmente estudiado ha sido por ejemplo el de la educación. Sin entrar en este momento en detalles, podemos señalar cómo muchos de los estudios recientes sobre el tema han tenido que desmontar todo el proceso social que la acompaña, para responderse por qué el incremento de los años de educación promedio entre la población más pobre de Latinoamérica y otras regiones del mundo, no siempre ha ido acompañado por progresos proporcionales en su participación en el ingreso nacional. Los primeros análisis descubrían únicamente que los elementos aleatorios (las "u" residuales de las ecuaciones econométricas) tenían un gran peso que a veces llegaba a contrarrestar los efectos de la variable fundamental. Estudios más detallados realizados en los años posteriores fueron identificando algunos de esos elementos en un principio escondidos, o apenas intuidos como hipótesis. Así se ha tratado de medir y ponderar últimamente el influjo decisivo del estrato social del grupo estudiado, así como el nivel educativo y relaciones sociales de sus familiares más cercanos. Muchas veces el dónde se trabaja o qué cargo se ocupa cuenta más que el cuánto se sabe, para medir el grado de remuneración alcanzado; y ahí resulta decisivo el empujón o recomendación de la persona adecuada en el momento preciso²⁴.

De forma semejante, diversos trabajos realizados en los últimos años se han concentrado en estos análisis de detalle, imprescindibles para conocer los cuellos de botella que se pueden encontrar al aplicar medios que a primera vista prometen resultados esperanzadores, o para confirmar de hecho la efectividad de determinadas medidas y proyectos.

También de modo paralelo a lo que ha ocurrido en la teoría económica general, las consideraciones macroeconómicas de los últimos años han tomado más en cuenta las variables político-sociales. En

²⁴ Recientemente Klaus Vathroder ha realizado el estudio correspondiente a Venezuela sobre la relación entre años de estudio y nivel de ingreso, con resultados desalentadores para el mismo autor. Allí también se mencionan y analizan algunos de los trabajos de Psacharopoulos -probablemente la persona que más ha estudiado el fenómeno- relativos a Brasil, Paraguay, Inglaterra y otro conjunto de países agrupados de acuerdo a diversos criterios.

relación a la distribución del ingreso, por ejemplo, se ha examinado el carácter y condicionamientos de la toma de decisiones en el sector público, sobre todo en lo que concierne al otorgamiento de subsidios y transferencias, y a la adopción de medidas fiscales que modifiquen la distribución primaria obtenida en el proceso productivo.

Todo este capítulo inicial de nuestro trabajo ha tratado de presentar el panorama general en el que se insertan los diversos estudios realizados en el último medio siglo sobre la generación de riqueza y su distribución.

Aunque no se ha entrado todavía en un análisis detallado de las diversas propuestas, se ha tratado de poner de manifiesto su entorno.

El objetivo fundamental de un esfuerzo semejante, consiste en ubicar también las nuevas propuestas que se puedan presentar como partes del gran proyecto internacional en el que se inserta este trabajo. Ya que el ignorar o pasar por alto el talante coyuntural del momento, y sus orígenes, puede ser el motivo fundamental de su fracaso.

Si, por ejemplo, la mayor parte de los economistas, empresarios y políticos hoy están alucinados -en un proceso recurrente parecido al paso de los cometas- por las capacidades del mercado para resolver todos los problemas económicos, puede tener sentido profético el romper lanzas contra el neoliberalismo, pero difícilmente una postura así va a llevar a dar pasos significativos en el combate contra la pobreza, a no ser que se cuente con poder político o moral suficiente para romper el hechizo y poner a caminar realmente un proceso alternativo. Mientras tanto habrá que seguir, aun a regañadientes, el viejo dicho sagaz y resignado de: "donde no conocéis, haced lo que veis". Con la actual composición de fuerzas, y con los condicionamientos presentes que no se pueden revertir de un día para otro ¿qué se puede hacer para que haya menos pobres en nuestro entorno?

2. Los Años Sesenta

2.1 Causas extraeconómicas

Hablamos de los años sesenta simbólicamente, porque fue en esa década cuando los principales modelos que vamos a comentar en este capítulo llegaron a su culmen, e iniciaron su decadencia. Pero muchos de ellos comenzaron a tomar forma ya en los cincuenta.

Años antes gozaron de alguna popularidad las atribuciones del atraso o subdesarrollo a causas extraeconómicas. No nos detenemos en ellas porque las consideramos decimonónicas, aunque no negamos que sigan teniendo alguna vigencia en nuestros días. Habrá incluso quien las vea redivivas en la insistencia de quienes siguen pensando que el problema de la pobreza es todavía hoy predominantemente una cuestión de valores.

Con esto no queremos decir que no existan actitudes frente a la vida que faciliten la permanencia y propagación de la miseria en determinadas clases sociales. La diferencia fundamental entre esta afirmación y la perspectiva positivista del siglo pasado estaría en decidir si esos rasgos son causa, o consecuencia y concomitancia de la pobreza. Sin adentrarnos en este momento en el problema, que será tratado con mayor profundidad en otros aportes complementarios, y reconociendo que esa discusión puede enredarnos en la adivinanza del huevo y la gallina, habría que alertar sobre el peligro de dar preeminencia a los factores psicológicos en la explicación de la pobreza, ya que tal actitud podría llevar fácilmente a la conclusión de que en este tema es nada o muy poco lo que se puede hacer para modificar la situación actual. O dicho más crudamente, que los pobres son pobres porque quieren.

En este momento basta con recordar las principales modalidades de esta actitud, aunque sólo sea para dejar claro que pasarlas por alto no es desconocerlas.

De acuerdo a estas teorías la razón fundamental de nuestro subdesarrollo estaría en una mezcla de elementos raciales, demográficos, climáticos y hasta religiosos.

Desde el punto de vista *racial*, somos un pueblo mestizo, donde el blanco (caracterizado por su racionalidad, laboriosidad y frugalidad), está dominado por los rasgos del indio y el negro. Esto nos con-

vierte en pueblos bárbaros, biológicamente inferiores, débiles, poco inteligentes, perezosos, indolentes, anarquizantes, impulsivos y emocionalmente desequilibrados.

Los oponentes no tienen dificultad en desbaratar tales prejuicios destacando el desarrollo alcanzado por las culturas egipcia, asiria, babilonia, persa, china, india, maya, azteca e inca antes o simultáneamente, según los casos, a la dominación del mundo por parte de los países europeos.

Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que por razones difíciles de explicar, y casi por una mala jugada del destino, nuestro presente ha sido condicionado decisivamente por la desigualdad primera en el encuentro entre América y Europa. Si no se hubiese planteado como una lucha entre hombres a caballo, cubiertos de metal y con dominio de la pólvora, frente a pueblos desnudos y a pie, armados con lanzas y flechas, hoy la historia del mundo estaría escrita de otro modo.

En cuanto a lo *demográfico*, se siguen manteniendo las tesis malthusianas, que ven una relación inversa entre nivel de desarrollo y número de hijos por familia.

Los intelectuales-poetas verán ahí un reflejo del miedo del primer mundo frente a las migraciones tercermundistas, semejante al temor que pudo sentir un imperio romano decadente frente a la vitalidad de las nuevas tribus (despreciadas como bárbaras) que pululaban amenazantes en sus fronteras, y llegarían a convertirse poco después en los nuevos amos de Europa.

Remontándose a la mitología antigua se habla también del complejo de Layo, padre de Edipo, que se quiere deshacer de su propio hijo para neutralizar el augurio que lo anunciaba como sustituto suyo en el trono, y en el lecho de la reina Yocasta. Es lo que dicen también los redactores del Evangelio de Mateo, que probablemente nunca oyeron hablar del *Edipo Rey* de Sófocles, al describir la reacción del rey Herodes frente al anuncio del nacimiento de Jesús (2, 7-18).

Pero dejando de lado a las musas, todos nos hemos sentido descorazonados más de una vez, al comprobar cómo las familias que tienen menos recursos para alimentar y educar a sus hijos son las que menos controlan su capacidad reproductora. Es difícil no reconocer ahí uno de los motivos que refuerza en nuestro entorno la epidemia de la pobreza.

En cuanto al *clima*, los habitantes de las regiones templadas acostumbran ver con cierta desconfianza los calores agobiantes del trópico, sus parajes muchas veces inhóspitos, y su flora y fauna invasora y desaforada, como devoradoras de la racionalidad, y engendradoras de obstáculos insalvables para desarrollar adecuadamente la actividad física y mental. Es el síndrome de Lorenzo Barquero, padre de Marisela, en la *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos.

La objeción se caería por su base si señalamos que una parte significativa de los países subdesarrollados está fuera de la zona tropical. Podría recordar también a un amigo maracucho, obstinado de escuchar a sus profesores europeos durante todo el bachillerato que allí no se podía trabajar con tanto calor, escribiéndoles años más tarde, durante sus estudios de postgrado en un invierno europeo, que allí no se podía trabajar con tanto frío.

En cuanto al personaje de *Doña Bárbara*, no está de más recordar que el alcoholismo de Lorenzo Barquero no se debió únicamente a que se sintiera abrumado y derrotado por la naturaleza, sino a las botellitas que le pasaba generosamente el gringo Mr. Danger, para quebrarle la voluntad, y hacerse con su hija Marisela y con sus tierras. Símbolo de una relación sobre la que tendrán bastante que decir años más tarde algunos teóricos del desarrollo.

Están por fin los determinismos *religiosos*, apoyados a veces en una interpretación extrema de las tesis de Max Weber. El Islam sería lo más contrario al progreso por su carácter fatalista, conservador y teocrático. El Protestantismo lo más favorable, sobre todo el de raíces calvinistas, por su exaltación de valores como la frugalidad, el espíritu de trabajo y el ahorro. El Catolicismo se encuentra en un punto medio. En los albores del renacimiento perdió una baza importante frente a los países protestantes al prohibir el préstamo a interés, y matar con ello una de las fuentes fundamentales de la acumulación de capital. Además su consideración despectiva de las labores productivas como terrenales, y por tanto menos dignas, hizo que se dedicaran recursos humanos y proporciones considerables de los excedentes económicos a actividades netamente estériles.

Quienes se oponen a una aceptación sin matices de esta afirmación, recuerdan que a lo largo de toda la edad media la

cultura árabe era muy superior a la cristiana; que los primeros brotes de acumulación se dieron en Italia y Flandes, cuando en este último territorio (hoy Bélgica y Holanda) todavía no había penetrado la reforma protestante; y que a varias de las islas del Caribe, por fijarnos sólo en nuestro entorno, no parece haberles ayudado mucho el ser mayoritariamente protestantes en vez de católicas. En fin, Japón no tiene nada o muy poco que ver con las religiones bíblicas, y no le va nada mal.

Pero volvamos a otro terreno menos polémico, y más cercano a nuestras inquietudes presentes. Las teorías elaboradas a mediados de siglo sobre las causas y remedios de nuestro subdesarrollo.

2.2 Briznas de un tapiz

No intentamos repetir en este momento una enumeración de autores que ya ha sido realizada en otros escritos hasta la saciedad²⁵. Tampoco es nuestra intención extendernos en los detalles de cada propuesta. Más bien nos conformaremos con apuntar algunos nombres y señalar algunas tendencias. Haremos también en cada caso unos breves comentarios, que nos ayuden a reflexionar sobre lo que cada modelo o teoría puede aportar al problema de la eliminación o disminución de la pobreza en el entorno latinoamericano.

Al emprender esta tarea, el primer problema que enfrentamos es el de elegir un conjunto de briznas en un tapiz policromo y abigarrado, para entrelazarlas de manera que formen un hilo conductor.

Dadas las características de estos modelos, que intentan ofrecer una visión panorámica global y en cierto modo totalizante del subdesarrollo, no se les haría justicia si se los desmembrase en sus elementos constituyentes, y se ordenara la exposición apuntando lo que cada uno dice en torno a componentes aislados como el ahorro, los factores de producción, el comercio internacional, o el equilibrio.

Por otra parte, los proponentes de las teorías principales emplearon a veces

²⁵ Sin querer tampoco ser exhaustivos a nivel bibliográfico, nos vamos a inspirar en parte en los textos recogidos por la antología de Guillermo Ramírez, y en las síntesis esbozadas por Magnus Blomström y Jacques Freyssinet. Las referencias completas de estas obras están señaladas en la bibliografía.

tanto tiempo y esfuerzo en refutar visiones alternativas, y en distanciarse de ellas, como en exponer su propio punto de vista.

Sin afincarnos en esas polémicas, que más de una vez no hicieron justicia plena al valor intrínseco de los propuestas de los calificados como "oponentes", no podemos pasar tampoco por alto la intuición central de cada grupo, que de alguna manera matiza, y pondera de forma diferente, afirmaciones que fuera de su contexto pueden parecer idénticas. Por poner un ejemplo, la crítica a los países extranjeros es más radical en las teorías marxistas de la dependencia que en los análisis estructuralistas de la CEPAL, aunque algunos análisis cepalistas hayan profundizado mejor en las cuestiones de detalle, y en ese sentido hayan tenido efectos reales más significativos en el planteamiento de alternativas viables.

Dado todo lo anterior, podríamos quizás abarcar y clasificar el conjunto de un modo adecuado, si habláramos por separado de los desarrollistas, estructuralistas y dependistas.

Tal distinción no siempre pretende presentar alternativas excluyentes, ya que algunos autores podrían ser clasificados en uno u otro grupo según los rasgos que se decida resaltar en sus escritos. Pero también es verdad que, con razón o sin ella, los diversos tratados han etiquetado a cada exponente dentro de una tendencia. Y a pesar de que un observador externo pueda encontrar más semejanzas que diferencias entre algunos de ellos, son con frecuencia también los más cercanos quienes más encarnizadamente se combatieron entre sí, quizás para enfatizar la sutileza de sus diferencias.

En todo caso, la perspectiva de nuestro análisis estará más concentrado en sumar fuerzas que en rechazar aliados potenciales. La diferenciación tendrá entonces un carácter más metodológico que sectario.

Igualmente, en relación con el conjunto de propuestas desarrolladas por aquellos años, nuestra intención primordial no es polemizar sino reconocer logros, que existen y muy buenos incluso entre los vituperados desarrollistas, sin ignorar los límites, inevitables en cualquier teoría, pero más aún cuando se trata de intuiciones pioneras, forzadas a roturar un terreno casi intacto.

De hecho, siempre ha sido más cómodo para el analista explicar por qué algunas teorías ya puestas a prueba no alcan-

zaron su meta, que proponer soluciones alternativas que realmente funcionen. En todo caso, tampoco tiene sentido reintentar lo que ya está probado.

Por eso, conscientes de la imposibilidad práctica de encontrar la fórmula mágica o piedra filosofal que convierta la miseria en abundancia, vamos a avanzar en la búsqueda de pequeños aportes que hagan más habitables los entornos inhóspitos que nos rodean.

2.3 A imagen suya los creó

El primer libro de la Biblia nos cuenta que cuando Dios intentó crear un ser racional, lo mejor que se le ocurrió fue diseñarlo a su imagen y semejanza (Génesis 1,27). No nos podemos extrañar entonces de que sus criaturas hayan tratado de seguir el mismo ejemplo.

Al fin y al cabo, al primer mundo le había ido bastante bien desde el fin de la Segunda Guerra y, a no ser que se optara por un modelo socialista, no existían disyuntivas reales que pudieran presentarse como exitosas.

Claro que algunas de estas propuestas tenían muy presente el atractivo que el modelo cubano podía ejercer sobre otros países latinoamericanos, y en ese sentido adobaron sus ofertas alternativas con todos los recursos de una campaña publicitaria, donde exageraron las bondades del producto que deseaban vender, y silenciaron o dejaron en la sombra sus limitaciones. Pero ése ha sido casi siempre un rasgo típico de los predicadores de salvación.

Nos encontramos pues en un primer momento frente al modelo desarrollista, que ve la evolución del mundo como el recorrido y cumplimiento ineludible de una serie de fases. Los países subdesarrollados estaban atrasados en esta carrera, y había que ayudarlos para que agotaran en menos tiempo procesos que otras naciones habían transitado en varios siglos.

Ya *Adam Smith* hablaba de la caza, la crianza de animales, la agricultura, el comercio y la industria. *Karl Marx* mencionó el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo.

Si nos asomamos al s. XX, nos encontramos en un primer momento con *Colin Clark* (1938), quien estudia las diferentes estructuras de los sistemas de producción a partir del análisis de la utilización del

factor trabajo ²⁶. Sus investigaciones estadísticas demostraban una elevada correlación entre la composición de la población activa y el nivel de ingreso real por habitante. La proporción de la población ocupada en el sector primario era función inversa del ingreso. El empleo en el sector secundario aumentaba rápidamente durante cierto período, en el que se elevaba concomitantemente el nivel de ingreso, para luego estabilizarse. En la fase superior del desarrollo, sería el sector terciario el que emplearía una mayor cantidad de mano de obra.

Simon Kuznets relacionó más directamente esta situación con la distribución del ingreso. Dado el carácter dual de los países subdesarrollados ²⁷, el sector moderno se encontraba casi aislado, frente a una mayoría de la población ocupada en el sector agrícola, donde la baja productividad traía como consecuencia salarios menguados. En consecuencia, las primeras etapas del desarrollo irían acompañadas por un deterioro en la distribución interna del ingreso, ya que los salarios ofrecidos por las nuevas industrias iban a traer una migración desorganizada y masiva del campo a la ciudad. Esto iba a motivar que muchas personas quedaran en un primer momento desocupadas, habiendo perdido lo poco que tenían y sin capacidad de reemplazarlo por algo mejor. Esa incómoda situación era, sin embargo, pasajera. Conforme se fuera consolidando la industrialización, los desplazados urbanos encontrarían trabajo y obtendrían remuneraciones muy superiores a las que tenían cuando se dedicaban a las labores agrícolas. Se volvería a una distribución del ingreso más igualitaria, pero a un nivel promedio superior en relación con la situación inicial de subdesarrollo. Kuznets no se adentró en la tercera etapa de Clark, la del incremento en los servicios, pero se puede suponer que ese paso se daría sin crisis alguna en lo que concierne a la distribución ²⁸.

²⁶ *The conditions of economic progress*. Macmillan, 1951.

²⁷ El estudio del dualismo en la sociedad abrió la puerta al concepto de marginalidad, que ya se encuentra mencionado en Robert Ezra Park "Human Migration and the Marginal Man" *American Journal of Sociology* N° 33 (1928).

²⁸ Kuznets (1955). Una aplicación moderna, con resultados ambiguos, en el cap.1 de Lecalillon (1987).

Aunque cronológicamente no sea el primero, *Walt Whitman Rostow* fue quien presentó una propuesta más completa dentro de esta corriente, y quien contó con mayores recursos económicos y políticos para llevarla a feliz término. En este sentido es más de una vez considerado como la quintaesencia del desarrollismo.

También el elemento polémico es en él más patente que en la mayor parte de sus contemporáneos. No en vano su obra más representativa lleva el subtítulo de *Un manifiesto no-comunista* ²⁹.

Rostow, en su versión más elaborada del proceso de crecimiento y desarrollo, distingue cinco fases por las que han pasado o deben pasar los diversos países, para alcanzar la meta del bienestar colectivo.

El estado más primitivo o menos evolucionado es el que se designa con el nombre de *Sociedad Tradicional*. En ella predomina una actitud frente a la ciencia y la tecnología que puede ser calificada como "pre-newtoniana". En ese entorno los cambios culturales, económicos e institucionales son extraordinariamente lentos. En consecuencia, se mantienen persistentemente bajos niveles de productividad, y el trabajo realizado es predominantemente agrícola. La estructura social es relativamente rígida, con poca movilidad entre los diversos estamentos y estratos. El poder político está en manos de los terratenientes directa (sólo ellos tienen poder de voto, si es que existe siquiera tal poder) o indirectamente (son capaces de dominar al electorado). En este contexto predomina una actitud fatalista ante la vida, para la que colabora de algún modo la forma de entender y transmitir la religión que insiste en el escaso valor de lo presente frente al más allá definitivo.

Estos rasgos nos recuerdan a lo que llama Schumpeter la corriente circular, aunque en ese caso se mencionen únicamente características de la vida económica, y el análisis del modelo esté mucho menos elaborado.

De alguna manera Rostow deja entender que la mayor parte de los países subdesarrollados se encuentran todavía en esa etapa, o a lo más asomándose a la segunda.

²⁹ *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no-comunista*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

La etapa siguiente se refiere a las *Sociedades en Período de Transición*. Para entonces ya se van aplicando gradualmente ciertos hallazgos de las ciencias experimentales. El dinero ya no tiene una función meramente transaccional, sino que comienzan a cobrar importancia el ahorro y la inversión, lo que poco a poco dará también paso a la función especulativa del dinero en términos keynesianos. Se desarrolla en consecuencia, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, el sistema financiero.

En esta época toman también un nuevo carácter las relaciones comerciales con otros países, en un contexto competitivo. A nivel político se pasa del caciquismo regional al Estado-Nación central. Los terratenientes son sustituidos gradualmente por la burguesía, más evolucionada tanto a nivel económico como cultural. En los países hoy desarrollados este paso de lo tradicional a lo que podríamos calificar como moderno se da por una evolución natural de las fuerzas productivas o sociales. En otros casos, puede llegarse a él como consecuencia de una ocupación militar por parte de países más desarrollados. Es probable que Rostow esté pensando en la presencia del Imperio Británico, todavía a principios del s. XX, en algunas naciones de Asia y África, o en la presencia "benéfica" de los Estados Unidos en algunas regiones del Pacífico y el Caribe.

Lo normal es que las dos primeras etapas coexistan por algún tiempo dentro de un mismo país. Esto genera ese carácter dual de las sociedades en vías de desarrollo que hemos mencionado anteriormente. De ahí que en estos casos el ritmo de crecimiento sea todavía muy lento.

La etapa más publicitada en el análisis rostowiano es el del *Impulso Inicial* o *Despegue* (*take-off*). La misma palabra sugiere un cambio revolucionario desde arrastrarse por tierra hasta elevarse por los aires a velocidades impactantes.

De alguna manera Rostow piensa que América Latina puede estar a punto de emprender este camino esperanzador hacia nuevos rumbos. Lo evidencia su participación activa como mentor intelectual de la *Alianza para el Progreso* que comentaremos un poco más adelante.

Precisamente porque aquí ya se está hablando del presente y el futuro próximo, las indicaciones de vuelo son más detalladas.

Los países que deseen introducirse en esa nueva dimensión deben elevar el coeficiente de inversión hasta un 10% del ingreso nacional, la mayor parte de las veces con ayuda de capital externo, al menos en las primeras etapas del proceso. El motor que va a arrastrar hacia adelante todo el sistema productivo consistirá en la implantación de uno o varios sectores de industrias de transformación, con atractivos márgenes de beneficio, y que se expandan a ritmo acelerado. Esto, de paso, servirá como cebo y acicate para atraer capitales foráneos.

El despegue se puede conseguir mediante una revolución social, por la introducción de nuevas tecnologías, por el fortalecimiento de relaciones internacionales maduras y progresistas, o por una mezcla de algunos o varios de estos elementos. Este proceso deberá estar además acompañado y fortalecido por la institucionalización de un aparato político y social que apoye las transformaciones en el área económica.

Pasando de la aeronáutica a la matemática financiera, se prevé un crecimiento en progresión geométrica o a interés compuesto. Como lo que hay que poner a volar no es un avión sino toda una nación, este proceso puede durar alrededor de dos décadas. De todas formas, a la entrada del siglo XXI ya se podrán tocar las nubes.

La penúltima etapa es calificada como *Marcha hacia la Madurez*. Su descripción se inspira en parte en la realidad de los países desarrollados, y en parte en un *dream* pionero, una década antes de que Martin Luther King pronunciara su histórico discurso sobre una sociedad sin prejuicios raciales.

En esta etapa se difunden los beneficios de la tecnología moderna desde el sector de punta a todo el proceso productivo. Surgen industrias más complejas. De esta manera se pasa a producir parte de lo que antes se importaba (pronto la CEPAL lanzará el reto de la "sustitución de importaciones"), y se comienza a exportar, además de los tradicionales productos agrícolas y materias primas, también una proporción creciente de productos manufacturados.

Como es de esperar, el progreso económico ayuda a la consolidación de nuevos valores e instituciones sociales. La relación con otros países ya no viene exigida por la insuficiencia técnica, sino que va siendo dictada por criterios de selección económica (aquellos con quienes las rela-

ciones de intercambio resultan más ventajosas) o de conveniencia política (e incluso geopolítica).

Esta parte del proceso es algo más lenta que el despegue. Puede durar cuatro décadas, o el ciclo de vida de dos generaciones.

La Apoteosis final es la *Era del Alto Consumo en Masa*. Algunas de sus características más destacadas son el crecimiento a niveles superiores del ingreso per capita, el consumo generalizado de bienes y servicios duraderos, la abundancia de mano de obra especializada, la urbanización planificada y sistemática, la asignación de cada vez mayores recursos al bienestar y seguridad social, de acuerdo a los principios e ideales del Estado Benefactor (*Welfare State*).

Esta última etapa nos trae reminiscencias del tercer período de Clark, donde se multiplica el personal dedicado a la prestación de servicios eficientes y productivos, o al período de recuperación en Kuznets, donde el sector de altos salarios arrastra al sector más deprimido hacia un nivel superior de bienestar.

De esta manera, apunta Rostow, los países lograrán efectivamente la riqueza y felicidad prometidas por las teorías marxistas, pero sin tener que sufrir los traumáticos procesos de lucha y destrucción propiciados por esa corriente.

Como se ha indicado hace un momento, el Gobierno de Estados Unidos asumió la iniciativa de poner en marcha esa larga peregrinación hacia la gloria, bajo la Presidencia de John Fitzgerald Kennedy.

En términos publicitarios se trataba de una *Alianza para el Progreso*. En foros reducidos, Kennedy trató de atraerse como aliados a los grandes capitales de su país con afirmaciones más descarnadas. Había que atender a los pobres para salvar a los ricos. La experiencia cubana estaba suficientemente cercana en el espacio y en el tiempo, como para que los poderosos reflexionaran sobre los extremos hacia los que podía arrastrar la desesperación. La presencia activa de movimientos guerrilleros en algunos países indicaba que esa amenaza era algo más que una lejana posibilidad.

Desde el lado latinoamericano, hay que otorgar una significativa posición de liderazgo en esta iniciativa a Juscelino Kubitschek, Presidente de Brasil entre 1956 y 1961, y creador de la moderna capital Brasília.

Dentro del plan general de la Alianza para el Progreso cabe destacar el lanzamiento de la Operación Panamericana en 1958, cuyos objetivos genéricos eran incrementar no menos del 2,5% al año el crecimiento del ingreso per capita, mejorar la distribución del ingreso, elevar el coeficiente de inversión, diversificar las economías nacionales, reducir la dependencia del comercio exterior, acelerar la industrialización, elevar el nivel de empleo y mantener la estabilidad de precios; es decir, lograr un crecimiento significativo y continuado, con plena utilización de los recursos y carencia de oscilaciones cíclicas perversas. En el fondo, los objetivos clásicos de cualquier política macroeconómica, con especial énfasis en algunos detalles más propios del subdesarrollo.

A nivel político-institucional se insistió en el establecimiento y consolidación de democracias representativas, que satisficieran el anhelo generalizado de trabajo, tierra, escuela y salud; la reforma de los anacrónicos sistemas agrícolas, fiscales, administrativos y educativos; y el desarrollo de los servicios públicos y las ofertas habitacionales para poblaciones de escasos recursos.

La primera etapa se fijaba un plazo de diez años, con un gasto de cien mil millones de dólares, de los que una quinta parte serían aportados por los Estados Unidos.

El compromiso oficial de los países de la región fue asumido solemnemente en el Acta de Punta del Este - Uruguay (1961) firmada por todos los países entonces pertenecientes a la Organización de Estados Americanos, con la excepción de Cuba.

Por indicar sólo algunas fechas significativas en el proceso de deterioro de la Alianza, podemos recordar el fracaso de la invasión de los exilados cubanos a la Bahía de Cochinos, el asesinato del Presidente Kennedy, la invasión norteamericana de República Dominicana, o el Golpe de Estado militar en Brasil en 1964.

Para concluir esta parte sobre el desarrollismo, vamos a mencionar a un personaje quizás menos conocido, pero que merece la pena resaltar por la crudeza de sus proposiciones, tan contrarias a los juicios convencionales sobre esta materia.

Se trata de *Everett Hagen*. El tema que aborda es el del encuentro, más de una vez impositivo y violento, entre países con diversos niveles de desarrollo.

Ya Rostow había reconocido que el paso de una sociedad tradicional a otra en período de transición podía haberse producido algunas veces mediante la ocupación militar de un país por otro más evolucionado. Además, tanto el despegue como la marcha hacia la madurez exigían del apoyo, y en cierto sentido también de la tutela, de países que hubiesen recorrido antes el mismo camino.

Hagen es aún más drástico al afirmar que el instrumento más poderoso de cambio que ha actuado en los últimos siglos sobre las sociedades atrasadas ha sido su contacto con occidente. De hecho, los países colonizados se han encontrado en mejores condiciones para alcanzar el desarrollo, y han asumido el progreso más rápidamente. A pesar de su rechazo a la ocupación de su territorio, han sentido cierta atracción y fascinación por el poder occidental que les ha impulsado a imitar sus procedimientos³⁰.

Es el viejo mecanismo de la guerra, por el que los pueblos invadidos entran pasivamente en contacto abrupto con ejércitos más evolucionados, y terminan por asumir su cultura. Ya en el s.I A.C. el poeta Quinto Horacio Flaco nos recuerda en su Epístola II que "la Grecia conquistada, conquistó al fiero vencedor y enseñó las Artes al agreste Lacio"³¹. Años más tarde fueron los romanos quienes integraron dentro de su esfera cultural a la mayor parte de Europa, y a regiones significativas de Asia y África. Siglos después los nuevos países europeos siguieron esa misma tendencia, continuada más recientemente en otros continentes por Estados Unidos y Japón. De esta manera, las antiguas colonias se convierten sucesivamente en los nuevos colonizadores y prosiguen el proceso de asimilación de nuevos territorios.

Claro que es mejor entrar en contacto con otro país sin ser sometido por él, dice Hagen. En el entorno asiático, por ejemplo, Japón ha crecido más y mejor que China, la India o Indonesia, aunque en estas diferencias no todo pueda ser atribuido a los diversos caminos por los que

cada nación ha entablado sus relaciones con los países occidentales, y haya que reconocer la presencia de causas culturales e históricas que explican también, al menos parcialmente, estos contrastes.

En las colonias, en cambio, se destruyeron los regímenes sociales y de producción anteriores. Quienes trataron de mantenerlos quedaron marginados. Quienes aceptaron la nueva cultura fueron considerados también como extraños. Además hubo resistencia a las innovaciones occidentales porque se las miró con desconfianza, y como un nuevo instrumento de explotación. Todo esto hizo más traumática la adopción de los nuevos valores.

Por otra parte, se malinterpretaría lo anterior si se entendiera únicamente en su sentido más directo, como si el contacto con occidente hubiera generado el progreso en los países subdesarrollados única o preferentemente por la vía de la aceptación pasiva de su superioridad, y la imitación servil de sus procedimientos.

La presencia generalmente arrogante de los países desarrollados puede actuar como revulsivo, y estimular el progreso como muestra de que también uno es capaz de alcanzar lo que ellos han logrado. En este sentido, en algunos contextos tiene especial importancia el grupo de los "disidentes", conformado por todos aquellos que habían ocupado una posición privilegiada en la sociedad tradicional, y que en las nuevas circunstancias se sienten desdeñados, o perciben que otros grupos sociales les han arrebatado su supremacía y los han suplantado como líderes de la nueva conformación social.

Esta "marginación" puede empujarlos a tratar de recuperar el puesto perdido inventando nuevos caminos de éxito. Al triunfar económicamente a través de sus esfuerzos productivos, pueden seguir demostrando que no se puede dejar de contar con ellos.

En la historia de occidente este fue el camino por el que la burguesía comenzó a codearse con la nobleza hasta llegar a suplantarla. Dentro de América Latina, fue así también cómo los criollos adquirieron conciencia de su poder y autosuficiencia, y expulsaron a los peninsulares. Aunque en estos dos casos más que de la recuperación de un espacio perdido se tratara del surgimiento de un nuevo poder, sirvió como acicate para ambos la contrastación del puesto que ocupaban socialmente con el que sentían que podían conquistar. El sentirse desplazados los impulsó a supe-

³⁰ *El desarrollo de los países nuevos. Agenda para las investigaciones*. Herrero Hnos., México, 1964. Citado parcialmente en Ramírez (1985) Lectura 5.

³¹ "*Graecia capta ferum victorem cepit et artes intulit agresti Latio*". Citado por Fernando Arellano *Las Lenguas Romanas*, UCAT-UCAB, San Cristóbal-Caracas, 1996, p.27.

rarse. Más recientemente, Japón se sintió humillado por occidente, y en revancha trató de dominarlo comercialmente.

Se podrían citar otros autores y acumular otras ideas y análisis dentro de esta tendencia, pero lo dicho puede ser suficiente para concluir la sección con el recuerdo de algunos de sus límites, y la propuesta de algunas ideas que ligen todo lo dicho con nuestro objetivo principal, es decir, con el señalamiento de causas y soluciones al problema de la pobreza.

2.3.1 Límites

Las objeciones contra el desarrollismo han sido repetidas hasta la saciedad, y son precisamente ellas las que dieron pie al nacimiento de otras corrientes que vamos a mencionar más adelante, en las que se trató de ver los mismos problemas desde una perspectiva más cercana a la de los países subdesarrollados.

Básicamente se le achacan tres defectos: no tomaron en cuenta la diversidad de culturas y caminos dentro de la sociedad internacional, aceptaron acríticamente al primer mundo como un modelo a seguir, y desconocieron las tensiones entre países desarrollados y subdesarrollados como causa parcial del mismo subdesarrollo. Comentemos brevemente a continuación cada una de estas ideas, relacionándolas en lo posible con la investigación a la que este trabajo desea servir de marco.

La concepción del desarrollo como una *sucesión de etapas que todos deben agotar*, pasa por alto las peculiaridades de cada región y cada país, por no decir también de cada etnia o grupo cultural dentro de los diversos países. Nadie va a discutir que para transitar la vía desde una sociedad tradicional a una sociedad moderna deben modificarse muchas cosas. Es asimismo cierto que los países que se integraron más tarde a la modernidad deben correr más rápido si no quieren permanecer indefinidamente retrasados. Pero de hecho los países latinoamericanos, por hablar únicamente de nuestro entorno, percibieron en las recetas presentadas por esos modelos una ignorancia radical de su idiosincrasia y diversidad, y una imposición de esquemas ajenos a su cultura y a su historia. Se sintieron además tratados como niños a los que hay que enseñar a caminar.

Es difícil diferenciar cuánto hay de racional en esta percepción, y cuánto de emotivo y visceral. Pero en la práctica, la

ilusión de una recuperación milagrosa duró muy poco ³², y pronto llegó la etapa del desengaño, el rechazo, y casi la vergüenza de haberse dejado embarcar en una empresa tan descabellada. Afortunadamente, esta sensación no indujo a la pasividad, sino que estimuló todo un conjunto de propuestas alternativas no menos llenas de entusiasmo e ilusión.

Las lecciones que se pueden sacar de este "límite" para quien quiera comprometerse en una investigación sobre las causas y soluciones de la pobreza son evidentes.

En primer lugar, no existen remedios de validez universal. Cada país, y en ocasiones incluso cada grupo humano, deberá encontrar los que mejor se adapten a la situación que se esté analizando.

Por otra parte, las promesas de resultados concretos en plazos determinados pueden llevar al desencanto y la frustración. En este sentido, a veces hasta puede ser mejor no hacer nada que hacer algo mal; ya que cada vez que fracasa un intento en el que se han depositado grandes esperanzas, resulta mucho más difícil convencer a sus protagonistas de que lo vuelvan a intentar.

En cuanto al segundo límite de los tres arriba mencionados, se achacó a los desarrollistas el querer imponer a todo el mundo el *american way of life*, sin cuestionarse siquiera si ése era un ideal que todos quisieran alcanzar.

Aquí, como en tantas otras cosas, es más fácil la crítica que el planteamiento de alternativas de aceptación universal. Los desarrollistas podrían argüir que estaban ofreciendo un modelo conocido y realmente existente. No lo consideraban un ideal imposible de mejorar, y de hecho por aquellos años la sociedad estadounidense

³² Aunque el espejismo caló hondo incluso entre los sectores supuestamente más críticos de la sociedad. La Confederación Venezolana de Trabajadores decía en su Cuarto Congreso (1961) que: "Estamos entrando, estamos acercándonos, a la condición de un país desarrollado". Venezuela puede "establecerse como el primer Estado de América Latina que abandona la condición de subdesarrollado". Habría que reconocer, en su descargo, que el país acababa de salir de una larga dictadura, y que el movimiento obrero allí representado estaba muy identificado con las propuestas de un Gobierno que había contribuido a conformar y sostener.

estaba soportando una fuerte autocrítica de sus mismos ciudadanos, pero para entonces no se avizoraba otro arquetipo mejor en el horizonte, dejando de lado las economías socialistas, sobre las que haremos algunos comentarios más adelante, y que ciertamente para los Estados Unidos no eran consideradas como una meta.

Tanto América Latina como la misma Europa han tenido en las últimas décadas una ambigua actitud de amor-odio hacia los Estados Unidos, semejante a la que en cualquier época de la historia han debido despertar los dominadores del momento. Se los critica, y a veces incluso se los desprecia como niños grandes, pero si se tienen medios económicos es ése el lugar preferido para las vacaciones, los campamentos de verano de los hijos pequeños, o los estudios de postgrado de los grandes; y si se es pobre son suyas la mayor parte de las películas que se ven, la música que se escucha, las leyendas de franelas y gorras que muchas veces se ostentan sin comprender siquiera lo que dicen, o los personajes representados en los juguetes que se compran.

Por otra parte, entre los soñadores de nuevos proyectos siempre han ejercido una fascinación especial las *utopías*, cuya característica fundamental es precisamente que no existen en ninguna parte. Quizás sería tarea de los historiadores y psicólogos investigar si las utopías que han tenido más éxito en cada época, e incluso las descripciones del *cielo* que las diversas religiones han imaginado, son algo más que unos retazos de pequeñas experiencias personales o sociales, cosidas con más o menos donosura.

En todo caso, cualquier solución que se quiera proponer al problema de la pobreza deberá fijarse unas metas, que en alguna medida se inspirarán en lo ya existente. Ya sólo al utilizar palabras como "justicia" o "igualdad" se está diciendo que se quiere comparar o equiparar la situación real de unas personas con la de otras.

También es verdad que una pizca de elemento utópico ayudará a buscar siempre un más allá, y que en todo caso habrá que preguntar a los interesados hacia dónde quieren ir. Pero aun en este último caso, el respeto a la decisión del interlocutor no impide proponerle alternativas y sugerencias.

Pero quizás el mayor límite de las propuestas desarrollistas consistió en desconocer, u ocultar, que los países más avanzados no estaban dispuestos a *compartir*

su situación de privilegio, sentando a su mesa a nuevos comensales. El subdesarrollo de unos era, al menos en parte, consecuencia del desarrollo de otros. Esta es la razón fundamental por la que ya hoy prácticamente nadie sigue proponiendo salidas en esta dirección. El desarrollismo cumplió en su momento una función, que resaltaremos un poco más adelante, pero en lo fundamental podemos afirmar que ya está muerto.

Quizás sea éste el momento de plantear una discusión recurrente, sobre si es posible ofrecer soluciones a la pobreza desde fuera, o sin ser pobre. En los debates sobre el tema es evidente que las posiciones de los diversos sectores no siempre logran encontrarse. Por una parte, la historia parece demostrar que los movimientos que han logrado transformar una situación dada han sido conducidos por élites. Para no irnos muy lejos, baste con recordar las guerras de independencia latinoamericanas, donde el pueblo se iba sucesivamente detrás de un jefe realista o republicano, según dónde creyera que podía obtener más botín. Las primeras juntas patrióticas estaban formadas por criollos, casi tan alejados de las necesidades del campesino y el esclavo como los peninsulares. La guerra se ganó cuando los nuevos caudillos militares lograron convencer a las masas que conformaban sus ejércitos, de que en un país sin lazos coloniales iban a vivir mucho mejor.

Podemos afirmar que en los tiempos modernos la relación entre los mentores intelectuales del pueblo y las bases han mejorado substancialmente. La Iglesia, por ejemplo, ha modificado profundamente su ubicación social. También las asociaciones civiles preocupadas por la transformación del entorno tienen experiencias muy ricas en el terreno de la inserción, y se es muy consciente de que los cambios exigen una participación comprometida y consciente de las personas a las que se desea favorecer.

Por otra parte, es evidente que si los pobres supieran cómo salir de la pobreza y tuvieran a su alcance los medios para ello, ya hace tiempo que habrían dejado de ser pobres. Por tanto, es legítimo concluir que necesitan ayuda externa.

Habrà que diseñar la manera de lograr una simbiosis fecunda entre investigadores, promotores y beneficiarios de cualquier propuesta, y quizás habrá que plantear unas condiciones mínimas de compromiso y coherencia para embarcarse en

ella. Pero tampoco se puede olvidar que más de una vez el purismo excesivo, y la incapacidad de negociación, han abortado las posibilidades de éxito de experiencias que, aun parcialmente alcanzadas, habrían supuesto un gran paso adelante.

2.3.2 Aportes

El hecho de que hoy consideremos insuficientes las primeras propuestas sobre un nuevo modelo de desarrollo, no nos deben hacer olvidar sus muchos elementos aprovechables que, organizados de una manera diferente, siguen de uno u otro modo presentes incluso en los planteamientos más recientes. Nos centraremos sobre todo en Rostow, que presenta la versión más completa del proceso, haciendo referencias esporádicas a los otros autores mencionados.

En primer lugar, el desarrollismo nos advierte que el proceso de desarrollo, o para nuestro caso de la eliminación o alivio de la pobreza, implica un *largo tiempo*. Se nos habla de varias generaciones. Veremos más tarde cómo en algunos modelos de los años noventa se llega incluso a prever procesos de más de un siglo.

Es importante tomar en cuenta esto, en primer lugar para no crear falsas expectativas, si es que todavía alguien tiene siquiera capacidad de despertar expectativas en este ámbito donde la historia reciente ha acumulado tantos fracasos. Pero también para medir la capacidad de compromiso de quien se inscriba en el proyecto.

En este sentido, es muy típico que las investigaciones se concentren intensamente en un problema por un corto período de tiempo. Se dedican recursos a calcular el impuesto inflacionario, o la tasa de retorno de la educación en un período, o la tasa de fertilidad de un Estado, o la brecha entre salario mínimo y costo de la cesta básica. Pero una vez realizado el cálculo y, en el mejor de los casos, dado a conocer a través de foros y publicaciones, el circo se traslada a otra parte y se dedica a investigar con la misma intensidad y concentración de recursos otro tema que poco o nada tiene que ver con el anterior.

Una investigación sobre causas y remedios de la pobreza asumida con esta actitud, no debería siquiera comenzarse. Para cuando se puedan percibir los primeros resultados tangibles ya el equipo estará mirando para otra parte.

Pero al mismo tiempo, los desarrollistas nos indican que el largo proceso se puede desagregar en diferentes *etapas*, cada una con sus objetivos parciales y sus instrumentos particulares de evaluación de resultados.

"¡Nunca dejará de haber pobres en la tierra!" nos ha dicho más arriba el Libro del Deuteronomio (15. 11), y ha repetido Cristo (Mateo 26. 11), sin que nadie haya sido capaz de desmentirlos hasta ahora. Pero dentro de esta situación hay diferencias radicales entre un campo de refugiados en un país africano, o un barrio obrero en Chicago, Liverpool o Hamburgo. Es comprensible que una investigación se trace en su convocatoria unas metas utópicas e irrealizables en su plenitud, pero los pequeños trabajos que formen parte del conjunto tendrán que ser más modestos en sus propuestas: ampliación de la educación primaria en los sectores marginales, otorgamiento de tierras a las comunidades indígenas, mejoras del salario promedio de una región, disminución del índice de desigualdad de Gini en un país. Sólo poniéndose metas pequeñas y concretas se podrán palpar los éxitos.

Por otra parte, caminando en círculos en este análisis de los aportes del desarrollismo aprovechables en nuestra investigación, el crecimiento y desarrollo deben ser analizados como *procesos globales*. Quien se concentre en solucionar un pequeño problema debe avizorar cómo éste se ve afectado y a la vez afecta al entorno general.

Los economistas elaboran modelos donde la modificación del equilibrio en un mercado particular obliga a reformular las soluciones del equilibrio general. Desde una perspectiva complementaria, varios países trabajan desde hace años en la elaboración de matrices insumo-producto, donde se trata de calcular los requisitos directos e indirectos necesarios para obtener una unidad adicional de un producto final. Por mencionar sólo algunos eslabones de esa larga cadena, construir una vivienda exige más cemento, que a su vez requiere de piedra y agua, comida para los obreros, transporte, cauchos, financiamiento, ahorro o endeudamiento y así sucesivamente.

Si las investigaciones particulares no toman en cuenta este proceso, pueden encontrarse pronto con cuellos de botella insuperables. De hecho, el gran defecto de las propuestas moralizantes sobre mejoramiento económico y social consiste en

que dicen lo que hay que hacer, pero no explican el cómo, y menos todavía prevén la forma de sortear los obstáculos en la carrera hacia la meta.

Uno de estos obstáculos, por no mencionar las zancadillas de quienes se benefician de los desequilibrios, estriba en lo que los economistas llaman *costo de oportunidad*: aquello a lo que hay que renunciar para obtener lo que se desea.

En esta línea el desarrollismo, y otros detrás de él, recalcaron la importancia de la *inversión*. Pero en lógica elemental eso supone un sacrificio del consumo presente para incrementar las posibilidades de consumo futuro. Los ciudadanos de nuestros países por otra parte, y más si como en el caso de Venezuela han estado acostumbrados por décadas a vivir de las rentas del petróleo, quieren tener más sin renunciar a nada (obtener mejores servicios sin pagar más impuestos; tener autopistas más cuidadas sin que les suban el peaje; obtener mayores salarios sin producir más). Esto en la vida real raramente es posible. Incluso en la lotería y las apuestas se han tenido que echar al vacío varios millones para que algún afortunado obtenga un millón de premio.

En la lucha contra la pobreza, los beneficiarios potenciales se sienten muchas veces más cómodos con una práctica asistencialista y una política de subsidios que con una nueva reestructuración de las relaciones económico-sociales que implique costos. También las clases altas desean que disminuya la pobreza, pero rara vez se plantean si eso va a desmejorar su situación. Y aunque no hay duda de que un desarrollo con crecimiento puede hacer que todos vivan mejor, habría que preguntarse si, incluso en ese caso, los más privilegiados están dispuestos a permitir que su situación mejore relativamente menos, para permitir que la de otros mejore relativamente más.

Retomando esta última idea conviene tener claro desde un primer momento que la solución a largo plazo de la pobreza es más una cuestión de *crecimiento* que de mera *redistribución*. Esto lo expresan simbólicamente los modelos de Clark y Kuznets, donde el desarrollo se manifiesta en un primer momento en un cambio de ocupación de rubros menos productivos a otros más productivos. En aquellos años eso significaba dedicarse menos a la agricultura y más a la industria. Hoy puede expresarse lo mismo con otros términos, pero la cuestión de fondo estaba ya expli-

cita en los clásicos. Había que investigar *la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*³³.

Algo que los estructuralistas y dependistas han podido matizar, pero no eliminar, es que los procesos de desarrollo necesitan de *ayuda externa* para tener éxito. Y al menos en lo que a relaciones económicas internacionales se refiere, ninguna ayuda es desinteresada. También esto habrá que incluirlo entre los costos.

Tanto a nivel interno como externo, cada vez es más difícil, por ejemplo, pedir préstamos y no pagarlos. A nivel de organizaciones populares puede ser muy gratificante organizar foros y marchas donde se desplieguen pancartas multicolores en contra del pago de la deuda externa; pero eso no parece coherente con estar pidiendo al mismo tiempo a los organismos internacionales, que sigan financiando a fondo perdido los programas de investigación y proyectos de mejoramiento que esas organizaciones están llevando a término, excepto en los casos de donaciones o fondos no reembolsables.

Dejando de lado consideraciones de justicia, no por desdenarlas como poco importantes, sino por considerarlas en la mayoría de los casos políticamente irrelevantes, la búsqueda de remedios contra la pobreza debería tomar muy en cuenta los intereses de los aliados potenciales. Todavía hoy nos resulta chocante la crudeza de los clásicos y utilitaristas en su descripción de las motivaciones de los agentes económicos; pero no podemos menos de reconocerles descarnadamente cierta verdad. La "manipulación" de Kennedy al pedir financiamiento a los ricos para salvarlos de los pobres, deberá encontrar quizás otras motivaciones más sutiles; pero dejando de lado posturas individuales encomiables, socialmente los sectores poderosos no se han ocupado del tema de la pobreza mientras no se han convencido de que ciertos niveles de desigualdad son un mal negocio para ellos, reflejado entre otras cosas en menor productividad de sus obreros, poca capacidad adquisitiva de la

³³ Ese es el título de la obra fundamental de Adam Smith (1776), pero también otros economistas posteriores se expresaron en los mismos términos; J.B. Say escribió en 1814 un "Tratado de economía política o exposición sencilla de la manera como se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas"; y J. Bates Clark publicó en 1899 su "Teoría de la distribución de la riqueza".

población para comprar sus productos, o continua inseguridad en el gozo de sus posesiones.

Para terminar, también los desarrollistas, o al menos Rostow, percibieron antes que los estructuralistas y dependentistas que el crecimiento y desarrollo no competen sólo al terreno económico, sino que implican transformaciones profundas de carácter *político-institucional*, cultural y social. De ahí la importancia de la interdisciplinariedad en una investigación que trate sobre las causas y remedios de la pobreza.

Por otra parte, las corrientes posteriores fueron más sagaces en desentrañar el carácter auténtico y real de estas relaciones. Eso es lo que vamos a considerar en las páginas que siguen.

2.4 Como uno de nosotros

Hemos comenzado la exposición del desarrollismo mencionando el relato sobre la creación contenido en el libro del Génesis. La continuación de la historia es bien conocida. El mismo Dios que creó la pareja humana a su imagen y semejanza, la arrojó del Paraíso porque se estaba tomando demasiado en serio esa igualdad.

"Si el hombre es ya como uno de nosotros -comenta Dios sarcásticamente frente a Adán y Eva que han comido de la fruta prohibida- sólo le falta echar mano del árbol de la vida, agarrar, comer y vivir para siempre" (Génesis 3,22). Un ángel colocado permanentemente a las puertas del Edén, les recordará a los humanos lo vano de su pretensión.

Esto es lo que experimentan también los países subdesarrollados, al desentrañar el paquete que les ofrece el primer mundo.

Dentro de las múltiples maneras en las que se acostumbra agrupar a las teorías críticas del desarrollismo, podemos diferenciarlas en dos grupos. El primero de ellos, que es el que vamos a mencionar en esta sección, es crítico pero básicamente está de acuerdo en permanecer dentro del sistema (capitalista) transformando algunos de sus principios de comportamiento. Luego será calificado despectivamente por los más radicales como reformista. El organismo más representativo de esta tendencia fue por aquellos años la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) creada en 1948.

Dejamos para un segundo grupo a las diversas manifestaciones de la Teoría de

la Dependencia, de inspiración marxista, que no creen en las posibilidades de rendición del sistema, y proponen por tanto su derrocamiento violento, ya que la descomposición natural preanunciada por Marx tarda demasiado en ocurrir. Frente a los paños calientes del reformismo, se propone aquí el fuego revolucionario.

Convencionalmente podemos llamar al primer grupo *estructuralista* y al segundo *dependentista*, aun reconociendo que también el análisis marxista trata de ser estructural en el cuádruple sentido de crítico, dialéctico, histórico y totalizante³⁴ y, en su propia opinión, es el único que verdaderamente lo logra.

Una de las introducciones a la economía más exitosa desde la perspectiva cepalista³⁵ opone el "enfoque estructural" a la "visión atomista". El primero parte "de la concepción de un Sistema económico, esto es, de un conjunto de fenómenos interrelacionados, que debe ser apreciado en su totalidad si se desea entender cualesquiera de sus partes"³⁶. Se considera al sistema productivo-distributivo como insertado en el contexto más amplio de la realidad social global, configurada histórica y espacialmente.

En la letanía de autores que aparecen avalando esta perspectiva se menciona a Myrdal, y es con él con quien vamos a iniciar nuestro recorrido.

Gunnar Myrdal comienza por criticar el concepto mismo de equilibrio utilizado en las idílicas visiones desarrollistas³⁷.

La tendencia del análisis neoclásico a ver en el sistema económico un conjunto de automatismos articulados, proviene de la posición dominante que allí asume la idea de equilibrio. Esta no se basa en la observación de la realidad social. Fue tomada en préstamo a la mecánica, en la que a cualquier acción corresponde igual reacción en sentido contrario. Ahora bien, si partimos de la observación directa de la realidad económica, difícilmente se la podrá reducir a este modelo. Más bien, la modificación de una variable puede introducir cambios que, en vez de contrarrestar a los primeros, los refuercen.

³⁴ Sunkel-Paz (1982) pp. 140-147.

³⁵ Barros de Castro-Lessa (1982) pp. 4-9.

³⁶ *Ibidem* p. 4.

³⁷ *Solidaridad o desintegración* (1956). Parcialmente citado en Ramírez (1985) Lectura 51.

Esta idea no es nueva. Ya en 1939 el primer modelo nekeynesiano de crecimiento, formulado por Roy Harrod³⁸ explicaba cómo una situación de desequilibrio donde, por ejemplo, la oferta fuera mayor que la demanda, tendía a agudizarse (caso de la gran depresión de esa década), ya que aunque desde el punto de vista macroeconómico la política correcta ante tal situación sería incrementar el ingreso, para reavivar la capacidad de demanda, los intereses microeconómicos iban a conducir a una reducción de la inversión, y por tanto del ingreso, causado por la acumulación no deseada de inventarios, debida a la insuficiencia de demanda. Sólo el agotamiento de algunos factores iba a permitir que la huida del equilibrio no fuera indefinida, sino que en algún momento alcanzara una cima o un foso dentro del proceso cíclico del crecimiento económico.

Myrdal añade que una decisión económica puede ser el punto de partida de una acción cuyo resultado final genere una modificación de tipo estructural. En lugar de hacer hincapié en el aspecto respuesta de la decisión, lo que implica inmutabilidad de la matriz estructural, se toma en cuenta su fuerza motora o su capacidad de propagación. Según tal enfoque, las decisiones individuales o grupales pueden ser consideradas entonces como punto de arranque de un proceso irreversible. Analizando las cadenas de reacciones inducidas por decisiones autónomas, será posible identificar los factores que aumentan o reducen su capacidad de radiación. De esta manera, el crecimiento no será un proceso continuo, gradual y espontáneo, como defendían los neoclásicos, sino discontinuo, brusco y deliberado.

Lo mismo dice Ragnar Nurske, al hablar de un círculo vicioso de la pobreza que impide la acumulación de capital en América Latina³⁹.

Cuando estos países han tratado de incrementar su inversión, se han encontrado por lo general con que no existe suficiente ahorro interno para estimularlo⁴⁰. Pero la

formación de capital no es enteramente un problema de oferta, aunque ésta es sin duda la parte más importante del problema. Puede haber también un obstáculo del lado de la demanda.

La oferta de capital depende, en efecto, de la capacidad y deseo de ahorrar que tengan los ciudadanos de un país, lo cual es consecuencia a su vez del ingreso (capacidad) y de la tasa de interés real interna (deflactada por la inflación) en relación con las tasas ofrecidas por los mercados externos. La demanda de capital, por su parte, depende de los estímulos para invertir, condicionados por las perspectivas de ganancia.

En lo relacionado con la oferta, los países subdesarrollados se enfrentan a bajas tasas de ahorro porque el ingreso real es insuficiente, lo cual se debe a que la productividad del trabajo es también muy baja. Pero una de las razones fundamentales de esta baja productividad de la mano de obra es precisamente la insuficiencia de capital, debida en parte a la escasez de ahorro. De esta manera se cierra un círculo cuyos componentes se refuerzan mutuamente en la tendencia al desequilibrio.

Por el lado de la demanda, el escaso estímulo a la inversión se debe a la baja capacidad de compra de los habitantes de esos países, lo cual es a su vez consecuencia de sus bajos ingresos, originados por la baja productividad, debida asimismo a la escasez de inversión, que no se siente estimulada como consecuencia de la escasez de demanda. También por este lado se cierra el *círculo vicioso de la pobreza*.

Visto desde una perspectiva complementaria, el estímulo a la inversión está limitado por la pequeña magnitud del mercado, ya que la nueva tecnología exige ciertas escalas (o tamaños de fábrica) que resultan antieconómicas en el contexto de América Latina.

El determinante decisivo de la magnitud del mercado no es el tamaño de la población ni la extensión territorial; ya que existen países muy grandes, muy poblados, y muy pobres, como es el caso de la India y otros países asiáticos. Por esa misma razón, tampoco es la solución inte-

diversos países de la región. Aunque todavía no ha aparecido la publicación que recoge estos aportes, se pueden ver los resultados de la investigación referente a Venezuela en Zambrano Luis (1996) IIES-UCAB, Caracas.

³⁸ *Economic Journal*. Recogido también en Sen (1979) Lectura 1.

³⁹ *Problemas de formación de capital*. Fondo de Cultura Económica, México, 1965. Parcialmente citado en Ramírez (1985) Lectura 35.

⁴⁰ El problema sigue hoy tan acuciante como hace tres décadas. Recientemente el Banco Interamericano de Desarrollo organizó una ronda de investigaciones sobre este tema en

grarse con los países vecinos, a no ser que simultáneamente se produzcan transformaciones radicales dentro de ellos. Lo que define la magnitud del mercado es el volumen de la producción y la demanda.

Un siglo antes Jean Baptiste Say, perfeccionando un esquema ideado por su compatriota François Quesnay, había formulado lo que la economía clásica consideró por largos años como una ley o principio inmovible que garantizaba la perdurabilidad del sistema de mercado: "cada oferta crea su propia demanda". En otras palabras, el pago de los factores en el proceso productivo traspasa a los hogares recursos suficientes, como para que éstos puedan comprar lo que allí se produce, en un proceso indefinido de retroalimentación o flujo circular de la renta.

Nurske lee este principio por el envés, y hace ver cómo en el tercer mundo la escasez de oferta crea la escasez de demanda. Pero el mercado, en último término, sólo puede ampliarse a través de un aumento generalizado de la productividad, lo cual depende de la inversión que no se ve estimulada por la magnitud del mercado. Por otra parte la inevitable inelasticidad de la demanda en los niveles de bajos ingresos, ya que sólo pueden consumir bienes básicos e imprescindibles, no permite introducir nuevos productos más dinamizadores.

¿Cómo salir de este círculo vicioso? Al menos en principio, la dificultad desaparece en el caso de una aplicación más o menos sincronizada del capital a un grupo amplio de industrias diferentes y complementarias. Estas industrias se pueden abastecer mutuamente y de esta forma se amplía el mercado y se da un "crecimiento equilibrado" a un nivel superior. Lo cual, había sido planteado también en otro contexto por el modelo de Rostow.

Eso se logra a través del surgimiento de una nube de empresarios de tipo schumpeteriano, que a través de sus innovaciones impulsan una fase expansiva en el ciclo económico. Mediante la aplicación de capital, que en un principio tendrá que ser necesariamente de origen externo, a un grupo amplio de actividades conexas y de punta, el nivel general de eficiencia económica se eleva y la magnitud del mercado se amplía. Claro que al principio del desarrollo industrial se necesita ver los mercados potenciales con los ojos de la fe. Los empresarios de Schumpeter saben lo que esto significa, ya que para él son personas motivadas e inteligentes, intuitivas, imaginativas, con libertad de espíritu y

liderazgo, atraídas por la incertidumbre y el riesgo y acostumbradas a nadar contra corriente.

Schumpeter se inspiró en los grandes empresarios surgidos en el primer mundo a comienzos de siglo. De hecho también en América Latina surgieron en los años cincuenta y sesenta un conjunto de nombres y familias, que en cada país van asociados al crecimiento logrado por esos años en el área industrial.

Nurske reconoce por otra parte que en algunos casos las fuerzas del desarrollo han de ser organizadas deliberadamente, y pone como ejemplo el caso del Japón.

Volviendo al tema central del modelo, la magnitud reducida del mercado en las regiones económicamente atrasadas tiene efectos importantes sobre el volumen de comercio internacional, sobre la clase y forma de las inversiones extranjeras y sobre el uso de los ahorros internos. Analicemos cada uno de estos aspectos.

En lo que se refiere al volumen del comercio internacional, los países industrializados avanzados son en general los principales clientes de sí mismos, dada la baja productividad de los demás. Por eso, el crecimiento equilibrado es una base esencial para ampliar el comercio. No conviene seguirse apoyando en la exportación de materias primas, cuyos precios son muy fluctuantes, y que cada vez son más fáciles de sustituir por productos sintéticos (baste recordar el eclipse de la riqueza de algunas regiones brasileñas, apoyada en la explotación del caucho). Los países desarrollados, por su parte, no deben temer que la entrada de otras regiones en el comercio mundial de exportación ponga en peligro su capacidad de colocar sus manufacturas, ya que la ampliación de la demanda interna en los países subdesarrollados puede aumentar también su capacidad de importación.

Las inversiones extranjeras, por su parte -y pasamos así al segundo efecto negativo de los mercados reducidos- han manifestado claramente su preferencia por concentrarse en la exportación de materias primas. Pero esta situación puede cambiar si se ven posibilidades de mercado en otras áreas. Funcionaría así el principio acelerador de la economía, por el que un incremento en el volumen de ventas genera un aumento proporcionalmente mayor de la inversión.

Por fin, con mercados más amplios y con mayores expectativas de ganancia, el

ahorro interno de los países subdesarrollados se desviará de su orientación actual, de compra de bienes de lujo improductivos, y se dirigirá hacia el incremento de la inversión.

En este contexto, René Báez nos recuerda cómo en la época colonial fueron precisamente los países actualmente subdesarrollados los que posibilitaron la acumulación de capital en los desarrollados, y en ese sentido proveyeron para otros el factor del que ahora ellos mismos carecen⁴¹.

Percibimos ya aquí muchos de los elementos del modelo de análisis "centro - periferia", desarrollado después más ampliamente por la Cepal.

Pero antes, vamos a recoger algunas consideraciones hechas por *William Arthur Lewis* en torno al otro factor productivo: la mano de obra⁴².

Su análisis, que por otro lado es parte de todo un conjunto de investigaciones sobre el subdesarrollo que le merecieron el Premio Nobel de Economía en 1979, se inserta dentro del esquema de la economía dual, ya mencionado por Kuznets y otros autores en esos mismos años.

Supongamos una economía precapitalista, cuya población vive de la agricultura y la artesanía, como puede ser el caso de Egipto, la India o Jamaica (Lewis nació en la isla caribeña de Santa Lucía). Dado el exceso de población, comparado con la exigüidad de la producción, se puede hablar en estos contextos de una oferta ilimitada de mano de obra. En otras palabras, la productividad marginal de la mano de obra es cero; ya que la parcela familiar es tan pequeña, que si algunos miembros se fueran a trabajar a otra parte el resto podría cultivarla con la misma eficiencia. Esto ocurre también en ocupaciones accidentales y en algunos pequeños comerciantes, servidores domésticos o empleados públicos. Se da por tanto un alto nivel de desocupación "disfrazada". En este contexto el capitalista puede ofrecer un salario apenas superior al nivel de subsis-

tencia, porque las alternativas de recibir algo mejor son inexistentes.

Sin embargo, Lewis planteó una serie de escenarios que aquí no vamos a desarrollar en detalle, donde se preveía la posibilidad de ir modificando paulatinamente esa situación de subproducción y subdesarrollo.

Con un esquema básicamente ricardiano, donde el ingreso se reparte entre salarios y excedentes, pero con una presencia activa del progreso tecnológico que aleja del horizonte el estancamiento previsto por los clásicos al incrementarse las remuneraciones al trabajo, se presagia aquí un "círculo virtuoso" donde la reinversión de los excedentes, junto con el crecimiento de la población resultante, proveerá nuevas posibilidades de empleo. Por otra parte, el progreso tecnológico, junto con las economías de escala y las externas, posibilitará nuevas fuentes de acumulación del excedente. La reinversión de este excedente permitirá a su vez un crecimiento ininterrumpido de la producción.

El estrangulamiento posible originado por la escasez en la oferta de mano de obra especializada podrá ser prevista a tiempo y preparada mediante entrenamiento.

Vemos aquí una visión mucho más optimista, que recuerda en parte a los pregones triunfalistas de la corriente desarrollista, aunque el conjunto de los trabajos de este autor haga que se le ubique generalmente en el campo de los estructuralistas.

Pero es sin duda la Cepal la que más ampliamente desarrolló toda esta temática, y la que cohesionó en torno a ella mayor número de investigaciones y propuestas, que en varias ocasiones contaron además con el apoyo económico y político de diversos gobiernos y organismos internacionales. Se suele considerar cerebro de la organización en aquellos años al economista argentino Raúl Prebisch⁴³.

Según la perspectiva cepalina, existe una diferencia sustancial entre la forma como se realizó la primera revolución industrial, y el modelo de crecimiento privilegiado por los países industriales en el siglo XX.

⁴¹ *Teorías sobre el subdesarrollo*, pp.49-55. Por lo demás, este autor adolece de un cierto doctrinarismo dogmático (marxista) y tono permanentemente polémico, que resta valor a muchos de sus análisis.

⁴² "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra" en *El Trimestre Económico* N° 108. Recogido en Ramírez (1985) Lectura 37.

⁴³ No se intenta aquí hacer un recuento bibliográfico de todos los escritos de este autor ni de la Institución que representa. En la bibliografía se mencionan apenas algunos títulos.

En el primer caso, la creación del primer núcleo industrial en Inglaterra desató un proceso de propagación de la técnica moderna hacia el resto del mundo, básicamente europeo. En cambio, la característica más importante de la economía contemporánea es la coexistencia de un centro, que produce el desarrollo tecnológico, al lado de una vasta y heterogénea periferia. Hasta la primera guerra mundial el centro fue Inglaterra. Luego ocuparon ese puesto los Estados Unidos. Este esquema dio como resultado una agudización de la concentración del ingreso, y una ampliación de la brecha entre los países desarrollados y los subdesarrollados.

Se percibe por esos años la crisis del viejo esquema de la división internacional del trabajo, por el que a la periferia le correspondía producir alimentos y materias primas, ya que la industrialización, dada su menor eficiencia, le haría perder ventajas comparativas⁴⁴.

De hecho (se escribe en 1961) la industrialización es el único camino abierto a América Latina para captar al menos parte del progreso técnico mundial, y elevar el nivel de vida de las mayorías.

Por otra parte, la productividad ha aumentado más rápidamente en la manufactura que en el sector primario en los últimos años, pero eso no se ha visto acompañado de una modificación de los precios relativos, haciendo a los productos manufacturados más baratos, tal como lo exigiría la economía clásica.

Muy por el contrario, con el transcurso del tiempo se ha dado un deterioro progresivo en los términos de intercambio.

Los ingresos de los empresarios y de los factores productivos han crecido en el centro más que el aumento de la producti-

vidad, mientras que en la periferia ha ocurrido lo contrario. En otras palabras; mientras el centro ha retenido íntegro el fruto del progreso técnico, la periferia les ha trasladado una parte de su propio progreso. Lo que René Báez afirmaba de los primeros siglos, Prebisch lo extiende a nuestros días.

Esto se explica porque en el centro el ciclo económico se autoregula, ya que en la fase ascendente suben los precios con lo que se reduce el exceso de demanda, y en la fase descendente bajan los beneficios con lo que se reduce el exceso de oferta. Complementariamente, en la fase ascendente una parte del crecimiento se manifiesta en esos países en un aumento de salarios; en cambio en la fase descendente, dada la inflexibilidad de los salarios a la baja, éstos tratan de mantener sus márgenes de beneficio trasladándose a los países subdesarrollados donde los salarios son inferiores. Cuanto menos puedan comprimirse los ingresos de la población en el centro, tanto más tendrán que hacerlo en la periferia.

Por todo ello, la Cepal propuso como lema en aquellos años la sustitución gradual de importaciones, concentrándose primero en la producción de bienes finales, para pasar más tarde a los intermedios y cerrar el proceso con el autoabastecimiento en bienes de capital.

Esta tendencia debía ser complementada con diversas políticas, tales como el impuesto a las exportaciones primarias, los gravámenes a la importación manufacturera, el fortalecimiento del sindicalismo en el sector exportador primario, la defensa de los precios de las materias primas en el mercado internacional, y el trabajo conjunto de los países afectados en favor de la eliminación del proteccionismo por parte de los países del centro.

2.4.1 Valoración

A pesar de que la visión estructuralista se presentó como corrección de la desarrollista, más de una vez fue simplemente su complemento. Por eso no vamos a repetir aquí lo que ya dijimos hace poco sobre los límites y aportes de la corriente anterior, que en gran parte valen también para los autores que ahora hemos presentado. Nos limitaremos a resaltar algunos aspectos nuevos.

Debemos insistir sin embargo en cómo, cualquiera que sea la tendencia que se estudie, todas coinciden en que el desa-

⁴⁴ Es hilarante o exasperante, según el contexto en el que se haga la lectura, la persistencia con la que los manuales de Introducción a la Economía mantienen esos esquemas. La decimoquinta edición de Samuelson (1996) explica el modelo de las ventajas comparativas especializando a Estados Unidos en la producción de vestidos y a "Europa" en la de alimentos. El manual de Michael Parkin (Addison Wesley, 1995), menos primitivo, evita el problema hablando del intercambio entre *Imperio Mágico* y *Pionerolandia*. Como es bien sabido, tanto A. Smith como D. Ricardo desarrollaron el modelo recomendando a Portugal que se especializara en la producción de vino y dejara a Gran Bretaña la producción de textiles.

rollo, o la superación de la pobreza, pasa ineludiblemente por la *mejora de la productividad*. Se podrá discutir más tarde los problemas de redistribución, pero lo ideal sería que la distribución primaria, realizada en el proceso productivo, sea ya suficiente para que todos los ciudadanos de un país puedan vivir dignamente. La eliminación de la pobreza implica necesariamente el incremento en la generación de la riqueza.

Dentro de este contexto general, los autores que hemos mencionado acentúan uno u otro punto.

Myrdal y Nurske explican como los *desequilibrios* no se eliminan automáticamente, sino que muchas veces se refuerzan. En una época en que la corriente neoliberal busca una vez más convencernos de las excelencias del mercado, no está mal tener ante la vista puntos de vista más escépticos, confirmados por una experiencia histórica multiseccular. Los problemas dejados a sí mismos tienden a agravarse, y la ley del más fuerte no desemboca en una mayor igualdad.

Por otra parte, Myrdal nos ofrece una atractiva visión que según cómo se mire puede ser igualmente engañosa. Lo volveremos a recalcar al tratar de los dependantistas. Nos referimos a ese camino por el que se avanza a trompicones, y donde la negación de la tesis dominante da lugar a una síntesis que supera el presente. Ciertamente G.W.F. Hegel, de quien en el fondo proceden todas las *dialécticas* modernas ⁴⁵, presenta una de las visiones del mundo más complejas, omniabarcantes y atractivas. Pero no hay que olvidar que quizás por eso mismo es considerado la expresión más acabada del idealismo. La negación de lo existente puede llevar a un nivel superior, o a la anarquía y la desorientación total. Aun reconociendo que la mayoría de los cambios históricos significativos se han dado creando situaciones nuevas a partir de lo existente, hace falta una clarividencia poco común para avanzar a través de la oscuridad hacia la luz. Es sólo una advertencia para los impacientes, que quieren llegar rápido a la meta, y a veces tropiezan tanto que se desvían de ella.

⁴⁵ La dialéctica, por otra parte, es al menos tan antigua como los griegos, de quienes procede la palabra. La búsqueda de la verdad a través del diálogo aparece documentada por primera vez en Platón. y atribuida a Sócrates.

Tanto Nurske como Lewis insisten en la importancia de tener abundancia de factores productivos. Dada la composición de quienes comparten este proyecto de investigación sobre causas y soluciones para la pobreza en el desarrollo, probablemente los aportes podrían ser más efectivos en lo que se refiere a capacitación de mano de obra que a la acumulación de capital.

Sin negar que las influencias benéficas de la *educación* sobre la distribución del ingreso pueden ser reducidas y hasta neutralizadas por otros elementos, caben pocas dudas de que *ceteris paribus*, o suponiendo a los demás factores como constantes o dados, es éste un camino en el que hay mucho que avanzar. En este momento y a este nivel se puede decir muy poco más. Pero sí se podrían plantear algunas preguntas, para no hacer por otra parte un cortocircuito demasiado rápido entre años de educación y mejora de la productividad.

De hecho sigue siendo verdad que el mismo número de años de estudio, prácticamente con los mismos programas y en ocasiones hasta con los mismos profesores, tiene efectos sobre el bienestar de la población mucho más visibles en el primer mundo que en los países subdesarrollados, por lo cual puede haber quien se pregunte si es la educación la que logra el cambio, o en qué medida.

Habría también otros problemas planteados autocríticamente mil veces por los mismos educadores: ¿se diferencian en su visión de la sociedad y la justicia los alumnos de planteles cristianos de los que no lo son? ¿la educación popular logra transformar los barrios, o simplemente permite que un grupo reducido de personas se escape de ellos? ¿sabemos educar para el trabajo productivo? ¿cómo combinar la educación formal, para cubrir los programas y abrir el paso a la Universidad, con la preparación masiva de la gente que no tiene ni tiempo ni capacidad para seguir cursos regulares? ¿cómo lograr que el crecimiento de la educación vaya unido a un crecimiento cónsono del empleo productivo, de manera que no estemos formando para la frustración y el desempleo? ¿cómo se puede financiar la educación de manera que no se cierre el paso a los que no pueden pagar, pero tampoco se subsidie a quienes puedan costearse sus estudios?

Por otra parte, podemos trasladar lo que la Cepal dice sobre el deterioro de los

términos de intercambio a nivel internacional, con la situación de desigualdad entre diversos sectores que se contempla dentro de cada país. También ahí las diferencias (distribución factorial del ingreso, márgenes financieros, tasas de retorno de la inversión) son más extremas que las existentes en los países desarrollados.

En parte esto se debe a la mayor concentración o falta de competencia que existe entre las empresas. Puede ser causada también muchas veces por la ineficiencia, que hace más costosa la oferta de bienes y servicios. Tampoco la sociedad civil en sus diversas manifestaciones (consumidores, vecinos, trabajadores) está tan organizada. Esto tiene mucho que ver con la transformación institucional necesaria de la que hablan todos los proyectos de desarrollo, y debería ser estudiada a fondo si se quieren encontrar remedios eficaces en la lucha contra la pobreza.

Incluso en los países desarrollados hay algunos principios de teoría económica incontrovertibles, cuyas bases son mucho menos sólidas de lo que aparentan serlo. Habría que investigar, por ejemplo, las falacias que se pueden esconder en el axioma de que en competencia perfecta (que además es un modelo inexistente) los factores son remunerados de acuerdo a su productividad marginal. ¿Hasta qué punto se pueden justificar las diferencias de remuneración existentes entre diversas profesiones y trabajos apoyándose en su distinta productividad? ¿Si no es ésa la razón fundamental de la brecha en las remuneraciones de los factores, a qué se deben sus divergencias tan marcadas? ¿No existe hasta cierto punto también dentro de cada país un primer mundo que vive a expensas del tercero?

Por lo demás, la respuesta ideada en aquellos años por la Cepal, consistente en la industrialización y la sustitución de importaciones, mostró muy pronto sus límites.

A medida que esta avanzara debían emprenderse actividades técnicamente complejas que requerían una gran densidad de capital, y mercados muy vastos para obtener grados razonables de rentabilidad; creció además simultáneamente la demanda de insumos y tecnología importada; la protección arancelaria estimuló la ineficiencia en empresas cuyo único título para "merecer" ese privilegio era el de estar manejadas por connacionales; por fin en la mayoría de los casos la sustitución no fue programada en función de las prio-

ridades internas, sino que respondió a urgencias externas, de manera que a veces se insistió en producir lo que no era tan necesario, o aquello en lo que se tenía menos ventajas comparativas.

Además, los países desarrollados se encargaron de poner trabas a las exportaciones provenientes de la periferia, que podían perjudicar a sus propias industrias.

En cuanto a los proyectos de integración, se multiplicaron por aquellos años reuniones bastante accidentadas que más de una vez concluyeron en firmas de acuerdos sin contenido real. Ya Myrdal había prevenido contra quienes pensaban que los países con problemas internos los iban a hacer desaparecer con sólo unirse a otros que atravesaban las mismas condiciones. En términos criollos se podría hablar en esos casos de "dos mochos arrasándose". Más aún; las mismas tensiones internas hacían que cada país fuera a esos foros internacionales dispuesto a dar muy poco y exigir mucho. Por ejemplo Venezuela, que por aquellos años iba en el grupo de cabeza, se preguntaba por qué tenía que permitir que otros países miembros del Pacto Andino produjeran para ella algo que dentro se podía hacer mejor y a menor costo.

Y estaban por fin presentes los titubeos hamletianos de un continente que muchas veces se ha sentido más atraído por ser cola de ratón que cabeza de león. ¿Por qué no unirse con los más ricos? Todavía se agitan hoy en esos devaneos México (a caballo entre el Grupo de los 3 y el Tratado Norteamericano de Libre Comercio), Chile (cortejado repentinamente por mil pretendientes), o el eternamente ambiguo Puerto Rico (cómodo en su interminable provisionalidad de Estado Libre Asociado, que le permite gozar de los subsidios del Gobierno Federal sin asumir plenamente su onerosa legislación fiscal). Pero también los demás países, menos solicitados pero no menos codiciosos, hacen cola en busca de un puesto que los asimile en términos más ventajosos a la Unión Europea y a Norteamérica.

Sin embargo, en los años que estamos considerando existía otra alternativa inspiradora y con gran arraigo popular, de signo totalmente contrario: la opción socialista, presente en Cuba, y batallada en mil frentes de la selva y la montaña por movimientos guerrilleros que por unos años creyeron tener al alcance de la mano la toma del poder.

2.5 Sal de tu tierra

Al introducir el modelo desarrollista y estructuralista hemos leído el haz y el envés del relato bíblico de la creación: la promesa de una semejanza con la divinidad, y el castigo cuando se quiere llevar esta igualdad demasiado lejos.

Podríamos avanzar unos capítulos más adelante en el libro del Génesis, y toparnos con el antepasado mítico del pueblo de Israel. Cuando Dios quiere elegirse un pueblo y concentrar su predilección en una familia, manda al Patriarca Abram ⁴⁶ que abandone el suelo en el que se ha criado para comenzar de cero en un lugar para él desconocido. "Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré" (12,1).

De manera semejante, la teoría de la dependencia, desarrollada fundamentalmente por teóricos de inspiración marxista, a los que se agregaron algunos disidentes más radicales de la Cepal, no veían la posibilidad de solucionar el problema de la desigualdad dentro del sistema capitalista. Era preciso abandonar de una vez por todas algo que, después de tener dos siglos para corregirse y transformarse, había demostrado sobradamente su incapacidad de superarse.

Parafraseando la frase conclusiva del *Manifiesto Comunista*, era la hora de gritar: "¡Países del Tercer Mundo! ¡uníos!".

Son muchos los nombres que se pueden mencionar dentro de esta corriente, fragmentada por otra parte en diversos caudales que aportan cada uno matizaciones diferentes al conjunto. Aquí vamos a recordar brevemente a Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado y Gunter Frank.

Para *Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto* ⁴⁷, la situación de subdesarrollo se produjo históricamente cuando la expansión del capitalismo comercial, y más tarde del capitalismo industrial, vinculó a un mismo mercado economías que, además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a

ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista. De ahí que entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas no sólo existiera una simple diferencia de etapa o de estado, sino también de función o posición dentro de una misma estructura económica internacional. Ello suponía, por otro lado, una inserción definida por relaciones de dominación.

El concepto de subdesarrollo, tal como se lo ha empleado comúnmente, se ha referido normalmente a la estructura de un tipo de sistema económico con predominio del sector primario, fuerte concentración de la renta, poca diferenciación del sistema productivo y, sobre todo, predominio del mercado externo sobre el interno. Esto es manifiestamente insuficiente.

Hay que analizar además cómo las economías subdesarrolladas se vincularon históricamente al mercado mundial, y la forma en que se constituyeron los grupos sociales internos que lograron definir las relaciones hacia afuera exigidas por los países desarrollados. En el plano político-social existe algún tipo de dependencia en las situaciones de subdesarrollo, y esa dependencia se manifiesta en el modo de actuación y orientación de los grupos que en el sistema económico aparecen como productores y consumidores.

Por otra parte, las nociones de "centro" y "periferia" son insuficientes, porque subrayan las funciones que cumplen las economías subdesarrolladas en el mercado mundial, sin destacar los factores político-sociales implicados en la situación de dependencia. De hecho, una sociedad puede sufrir transformaciones profundas en su sistema productivo sin constituirse en centro de decisión autónomo, ni transformar sus relaciones entre las clases sociales.

Podemos denominar como "subdesarrollo nacional" la situación de países en los que, como en América Latina, el centro político interno intenta ganar cierta autonomía, pero las vinculaciones económicas continúan siendo definidas objetivamente en función del mercado externo, lo que limita las posibilidades de decisión y acción.

Hay que diferenciar además una primera época capitalista, en la que Inglaterra necesita el desarrollo dinámico y modernizador de las economías periféricas, para abastecerse de materias primas y encontrar demandantes de sus manufacturas; del momento actual en el que domina Estados Unidos, que cuenta con recursos

⁴⁶ Este era su nombre en un primer momento. Posteriormente Yahweh se lo cambiará por el de Abraham (Ab hamôn) que significa "padre de multitudes" o "de una multitud de pueblos" (Génesis 17,5).

⁴⁷ *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1969. Recogido parcialmente en Ramírez (1985) Lectura 7.

naturales suficientes y un amplio mercado interno. En este sentido, la situación actual es peor que la de hace un siglo.

Gunder Frank⁴⁸, repite muchas de las ideas que acabamos de apuntar. Añade además que el conocimiento inadecuado de la historia de los países subdesarrollados, hace que muchos observadores vean economías duales (la feudal y pre-capitalista por una parte; la moderna, capitalista, y relativamente desarrollada por la otra), donde sólo la primera estaría aislada y al margen del proceso de desarrollo mundial. Esta tesis es falsa. Las actuales instituciones atrasadas de un país subdesarrollado, son fruto del proceso histórico único del desarrollo capitalista tanto como sus áreas más progresistas o capitalistas. Por poner un ejemplo, los grandes latifundios latinoamericanos no son trasplantes feudales desligados del capitalismo, sino hijos de éste. Por eso es preciso estudiar la naturaleza y causas del subdesarrollo con un enfoque a la vez histórico y estructural.

La relación metrópoli-satélite no se limita al nivel internacional, sino que penetra y estructura la propia vida económica y política de las colonias y países latinoamericanos. Así, las capitales de provincia, que ocupan una posición de satélite frente a la metrópoli nacional, se convierten en metrópoli cuando se enfrentan a la población y los sectores productivos del interior. Lo mismo ocurre con la gran empresa frente a la pequeña y la mediana. Todos se comportan como eslabones de la misma cadena o como oficiales de un ejército, dominados por los escalafones superiores y dominadores sobre los que se encuentran más abajo.

El proceso general de los países del Tercer Mundo, y particularmente de América Latina, se puede resumir en tres hipótesis que son complementarias.

Primera: En contraste con el desarrollo de la metrópoli mundial, que no es satélite de ninguna otra, el desarrollo de las metrópolis nacionales y regionales está limitado por su mismo *status* de satélite.

Segunda: Los países satélite experimentan un mayor desarrollo económico e industrial cuando los lazos que los atan a sus metrópolis son más débiles. Podemos ver confirmado este supuesto en cinco

momentos históricos particulares de fragilidad primermundista: la crisis europea y especialmente española del s.XVII, las guerras napoleónicas, la depresión de los años 30, y las dos guerras mundiales. Un corolario de esta hipótesis es que cuando la metrópoli se recupera o se expande, las perspectivas de América Latina se ensombrecen.

Esto se opone diametralmente a la creencia (recordemos a Everett Hagen) de que el desarrollo del Tercer Mundo surge por el contacto con los países más avanzados.

Tercera hipótesis: Las regiones hoy más subdesarrolladas -casi feudales- son las que en el pasado tuvieron mayor contacto con la metrópoli, por ser las más grandes exportadoras de materias primas y las principales abastecedoras de capital. En este sentido se puede mencionar a las Antillas, Minas Gerais, Guanajuato y Zacatecas. Eduardo Galeano en "Las venas abiertas de América latina" menciona también, entre otros casos, los de Potosí y Ouro Preto.

Por fin Celso Furtado⁴⁹ estudia un conjunto de fases, en un sentido totalmente distinto al utilizado por los desarrollistas.

Así descubre en América Latina la triple etapa del colonialismo, independencia y semicolonialismo, imperialismo y neocolonialismo⁵⁰.

El esbozo general que caracteriza al proceso de desarrollo en las comunidades preindustriales consiste, por el lado de la producción, en la creación de un excedente; por el de la distribución, en la apropiación de ese excedente por parte de un grupo minoritario; y por el lado de la acumulación, en la posibilidad de aumentar la productividad con la ampliación del mercado y la incorporación del excedente al proceso productivo.

Posteriormente, Furtado hace una descripción de la historia económica mundial bastante semejante a la del marxismo convencional, con la sucesión del modo de producción esclavista, feudal y capitalista.

El advenimiento de un núcleo industrial en la Europa del siglo XVIII significó una

⁴⁹ *Teoría y Política del Desarrollo Económico*. Siglo XXI, México, 1968.

⁵⁰ En el trasfondo puede percibirse la tesis de Lenin, que ve al imperialismo como la fase última o superior del capitalismo.

⁴⁸ "El Desarrollo del Subdesarrollo" *Pensamiento Crítico* N° 7, La Habana, 1967. Recogido parcialmente en Ramírez (1985) Lectura 9.

modificación cualitativa en la economía mundial de la época, regulando el desarrollo económico subsiguiente en casi todas las regiones de la tierra.

La acción de ese poderoso núcleo dinámico se ejerció en tres direcciones distintas.

La primera marca la línea de desarrollo dentro de la propia Europa occidental. En este caso el desarrollo desorganizó la economía artesanal precapitalista, y absorbió los factores liberados generando en ellos un nivel más alto de productividad.

La segunda línea consistió en un desplazamiento de factores y técnicas, dondequiera que hubiese tierras todavía desocupadas y de características similares a Europa (EE.UU., Canadá, Australia). Esas colonias se establecían en lugares de amplios recursos naturales, lo que explica que los niveles de vida hubieran llegado a ser en algunos casos incluso superiores a los de Europa.

Por fin, la tercera línea de expansión consiste en la ocupación de regiones ya habitadas y con modos de producción precapitalistas. Este modelo llegó a su fin con el estallido de las dos Guerras Mundiales, precisamente como consecuencia de la lucha entre las grandes potencias para adueñarse del mercado mundial.

Ahora estamos en una nueva etapa, cuya descripción concuerda básicamente con la realizada por otros autores de la misma tendencia.

2.5.1. ¿Paraíso o Infierno?

También la corriente dependentista recibió ataques desde los lados más dispares⁵¹. Los académicos liberales acusaron a sus proponentes de dirigir sus cañones a una caricatura de teoría económica que no existe y nadie defiende. En el fondo, los llamaron ignorantes.

Pero también algunos marxistas fueron bastante críticos. Unos, los ortodoxos, por la osadía de los independentistas al insinuar que Marx había dejado de lado en su reflexión a los países subdesarrollados, y que necesitaba ser complementado; otros, más radicales, por no haber sido suficientemente críticos en sus análisis y propuestas políticas.

No vamos a adentrarnos en esos dimes y diretes eruditos, pero sí puede ser éste

un buen momento para tocar un tema delicado y espinoso que no puede ser pasado por alto.

En las últimas décadas un sector significativo de intelectuales y movimientos cristianos de izquierda ha mostrado, con sus evidentes matizaciones y distancias, una simpatía bastante abierta por las soluciones políticas radicales de corte socialista.

En esos círculos se admira a Cuba como el país menos contaminado del continente, y se ve con simpatía a los movimientos nacionalistas que toman las armas en nombre de los más necesitados, como lo pudieron haber hecho los sandinistas hace unos años, o más recientemente los zapatistas de Chiapas.

Estos mismos movimientos armados, cuando se ven en apuros, como ocurrió recientemente con el MRTA que tomó la embajada de Japón en Lima, ven con buenos ojos que en los equipos de negociadores y garantes haya alguna figura eclesiástica representativa de la institución.

Cuesta creer que en un conjunto de equipos nacionales de carácter interdisciplinar, que investigan las causas y remedios de la pobreza en América Latina, no haya nadie que opte por una alternativa más radical, donde se prevea la toma del poder por las armas como un mal menor, o una medida necesaria ante la extrema gravedad de los hechos que se quiere enfrentar.

En todo caso, el fenómeno del marxismo como solución al problema de la pobreza está ahí, y se pueden tomar ante él al menos tres posturas: desecharlo, aceptarlo con tal de que acepte las reglas del juego electoral, o imponerlo por la fuerza.

Todavía habría que distinguir en este problema una doble perspectiva, si es que ambas se pueden separar en el marxismo más auténtico: la que podemos llamar intelectual, como instrumento de análisis; y la política, como forma de gobernar.

En un escrito que pretende servir de marco teórico para un conjunto de investigaciones, sería descabellado inclinarse por una u otra posición. Pero es evidente que los equipos nacionales o regionales que deseen trabajar juntos deben plantearse alguna vez esta temática, aunque sólo sea para que cada uno sepa dónde pisa y hacia dónde se quiere dirigir.

En los párrafos siguientes deseo únicamente plantear algunas cuestiones, que

⁵¹ Un buen resumen en Blomström (1990).

por muy imparciales que deseen aparecer, serán sin duda vistas por cada uno de los lectores como una más o menos velada inclinación hacia alguna de las respuestas posibles.

El marxismo, en sus múltiples facetas económicas, sociológicas, políticas y hasta culturales y religiosas, es sin duda desde el punto de vista intelectual una empresa histórica muy singular. Así como en los últimos años se ha tratado de rescatar escritos que ven la Conquista de América desde la perspectiva de los vencidos, también los escritos marxistas son un esfuerzo ingente, más o menos logrado, por ver el problema de la producción, distribución y consumo de la riqueza desde la perspectiva de los perdedores.

Se podrá discutir si Bartolomé de las Casas fue veraz, mentiroso o bienintencionadamente exagerado. Se podrán leer algunos fragmentos de relatos indígenas de aquel tiempo como sinceros, ingenuos, clarividentes o poco penetrantes. Pero nadie que quiera estudiar en profundidad la Conquista puede ignorar esa literatura.

De la misma manera, se podrá pensar que, quizás por querer abarcar mucho y haber evolucionado a lo largo de los años, en los escritos de Karl Marx y sus seguidores falta a veces coherencia, o que en otras ocasiones se analizan los hechos con las vísceras y el corazón más que con el cerebro. Además, sobre todo en el caso de Marx, muchas de sus ideas ya están pasadas de moda por la misma razón por la que se desechan las contribuciones contemporáneas de los clásicos: se basaban en unos supuestos, como el valor-trabajo, la ausencia casi total de progreso tecnológico, el salario de subsistencia, o la presencia apenas embrionaria del aparato financiero, que se han modificado radicalmente en nuestros días.

Es probable que muchos estén también en desacuerdo con su incapacidad de comprender la legitimidad o significado económico del beneficio, con el papel que hace jugar a la religión, o con su forma de ver en la lucha de clases el medio más adecuado de acabar con los conflictos sociales.

Pero, se haga con el apoyo intelectual marxista o con las teorías que a cada quien le puedan ayudar más en esta tarea, difícilmente se podrá avanzar en nuestro campo de investigación si no se reconoce que en él se ponen en juego intereses contrapuestos muy fuertes, lo cual origina a menudo conflictos más o menos agudos

entre diversos sectores sociales. También sería ingenuo no reconocer que en el logro de esos intereses no es el "juego limpio" lo que más predomina, y que normalmente quienes tienen más poder poseen más capacidad para obtener porciones mayores del total, e incluso contar la historia de la manera que más les favorezca.

Eso significa que, si no hacemos un esfuerzo auténtico por tapar nuestros oídos al canto de las sirenas, terminaremos viendo los hechos y proponiendo las soluciones desde la perspectiva de los más privilegiados.

Si de lo que hemos llamado la perspectiva intelectual pasamos a la política real, el panorama cambia substancialmente. El marxismo ha contemplado con pavor y desconcierto cómo las profecías sobre el progresivo desmoronamiento del sistema capitalista se han vuelto en su contra. Y no tanto por presiones externas como por el deterioro irrefrenable de su propia realidad⁵².

El flujo de información proveniente del otro lado de los muros y cortinas, después de su caída, sorprendió a los mismos países occidentales. El pretendido crecimiento de los países comunistas no sólo no se correspondía con la propaganda oficial, sino que era también muy inferior a la imagen que se habían formado sus propios vecinos, con sus sofisticados sistemas de espionaje.

Nos lo puede decir la República Federal Alemana, obligada a subsidiar durante una década a una hermana profundamente postrada, que después de tantos años de terapia intensiva no muestra todavía signos evidentes de recuperación. Y sin embargo, hace cincuenta años ambos lados eran prácticamente iguales. ¿Se podrá achacar al sistema capitalista el deplorable desempeño de la República Democrática Alemana durante este medio siglo?

El análisis se hace aún más complejo si se examinan "las preferencias de los consumidores". Nadie medianamente imparcial niega los progresos hechos por los

⁵² Sigue siendo aleccionador a este respecto el libro de Michail Gorbachov sobre *La Perestroika*, cuando su autor todavía estaba en el poder. Aunque lo que allí se proponía era una revitalización de los principios fundamentales del socialismo, el enfermo estaba tan grave que no pudo resistir la intervención quirúrgica a la que se intentó someterlo.

países socialistas en cuanto a la cantidad, calidad e igualdad de acceso a los servicios básicos de salud o educación. Hasta en el terreno deportivo hay una desproporción abismal entre el tamaño de esas poblaciones, y el número de preseas obtenidas por ellas en las competencias atléticas y olímpicas internacionales.

Pero por otra parte, sigue siendo verdad que el muro de Berlín se levantó para evitar que los del sector oriental pasaran al occidental, porque nadie tenía la más mínima intención de cruzarlo en sentido contrario. Lo mismo se puede decir de las barreras de hierro o bambú levantadas en otras latitudes.

Es asimismo cierto que los países socialistas no se han atrevido casi nunca a poner a prueba su apoyo y popularidad en elecciones abiertas, y que cuando lo han hecho (caso de los sandinistas en Nicaragua) han perdido; aunque todavía es muy pronto para tener a este respecto una opinión definitiva, dadas las fluctuaciones recientes de los resultados electorales en los antiguos países de la Europa Oriental.

Se podrá argüir con razón que muchos de estos intentos, sobre todo en el área latinoamericana, han tenido tanta oposición externa, sobre todo de los Estados Unidos, que les ha sido prácticamente imposible sobrevivir. Pero ésa es la realidad que hay que tener en cuenta cuando se quiere lograr no la victoria de un sistema, sino una mejora sustancial en los niveles de vida y bienestar de la población. A este respecto, todavía hoy se siente cierta incomodidad y hasta vergüenza ajena, cuando se oye reconocer a los antiguos partidarios de Salvador Allende que las bases del sitial privilegiado que hoy ocupa Chile en el continente, fueron levantadas por el régimen militar y represivo del General Pinochet. ¡Al César lo que es del César!

La filosofía neoescolástica de este siglo, en parte aguijoneada por la cercanía del modelo comunista en los países europeos, empleó centenares de páginas en probar que la propiedad privada era parte innata de la naturaleza humana. El argumento principal empleado en esos debates, consistía en afirmar que difícilmente se iban a sentir estimuladas a producir personas convencidas de que el fruto de su trabajo iba a ser gozado por otros. Además, se decía, la persona humana se desarrolla también a través de las cosas que posee. No es que cada quien sea valorado por lo que tiene, pero las personas nece-

sitan cierta seguridad y autonomía que no pueden lograr si dependen totalmente de otros.

Sin necesidad de acudir a los escolásticos ¿no estamos proponiendo al hablar de la eliminación de la pobreza, un régimen de propiedad donde los que ahora nada tienen puedan gozar también de la pacífica posesión de los bienes esenciales que necesitan para vivir dignamente?

El hecho mismo de que los religiosos hagan un voto de "propiedad común" (mal llamado de "pobreza"⁵³), indica cómo esta situación se ve como algo no "connatural" a la naturaleza humana, por lo que debe ser objeto de una opción personal consciente y explícita.

Aún así, y a pesar de que en estos casos los copropietarios son un grupo reducido de individuos que se conocen personalmente, más de una vez hacen agua los ideales "sobrenaturales" cuando surgen dentro del grupo ciertas fisuras ideológicas, o cuando cada uno tiene en sus manos disponibilidades económicas concretas, y compara las necesidades propias con los aéreos requerimientos del colectivo.

Habría que tener en cuenta todo esto a la hora de plantear soluciones aceptables y válidas para los principales protagonistas del proyecto. Claro que, concluyendo una vez más con una nota bíblica, se podría replicar que si Moisés hubiera esperado a que todos los israelitas estuvieran de acuerdo para emprender el éxodo, hoy esas tribus serían musulmanas y tendrían como presidente a Mubarak.

El líder se distingue precisamente por su creatividad, y por poner en movimiento y sostener procesos que nunca se habrían dado espontáneamente. Pero quizás haya que estar también muy alerta para no cruzar esa frontera casi invisible en la que un líder carismático se convierte en dictador.

2.6 Balance

Todas las propuestas de esos años tienen un factor común. Ninguna logró solucionar los problemas a los que se enfrentó.

⁵³ Hace ya cincuenta años que el teólogo jesuita alemán Karl Rahner proponía este cambio de nombre, ya que la nomenclatura tradicional podía sonar hipócrita en la cultura actual.

Si medimos el producto en dólares de 1985, entre 1970 y 1990 los Estados Unidos crecieron a un promedio anual de 1,75 %.

Si ampliamos el panorama al período que va de 1900 a 1987 la tasa promedio anual de crecimiento de India y Filipinas fue de 0,64 % y 0,86 % respectivamente.

Entre 1890 y 1990 Japón aumentó su producto a un 2,95 % anual, y Taiwan a un 2,75%.

Entre 1960-1990, 114 países avanzaron a tasas promedio anuales de 1,8 %. Los extremos inferior y superior son Irak (-2,1%) y Corea del Sur (6,7%).

Unos pocos países, entre los que se encuentran los *tigres asiáticos*, crecieron en el mismo período a una tasa interanual promedio superior al 5%. Estos son Corea del Sur (6,7%), Singapur (6,3%), Hong Kong (6,2%), Taiwan (6,1%), Botswana (5,4%), Malta y Japón (5,2% cada uno).

Diecisiete países, entre los que ya hemos mencionado a Irak, y donde se encuentran también varios países africanos, se enfrentaron a un decrecimiento o crecimiento negativo del producto. En el área latinoamericana se encuentran en ese grupo Venezuela, Guyana, Nicaragua y Haití ⁵⁴.

Claro que mucho depende del período que se considere. Por ejemplo, entre 1990 y 1993 la tasa promedio de crecimiento en los países latinoamericanos, en dólares de 1988, fue de 3,4%. Venezuela estuvo por encima del promedio (5,3%). Los países más afortunados fueron Guyana (9,7%), Argentina (7,9%) y Chile (7%). El país peor ubicado fue Haití, con una tasa de decrecimiento anual del seis por ciento (- 6%) ⁵⁵.

Estimaciones preliminares de la CEPAL indican que en 1996 América Latina y el Caribe tuvieron crecimientos promedio de entre 3% y 4%. Estuvieron por encima del 5% República Dominicana (7,5 %), Chile (6,5%), Guyana (6,5%), Barbados (5,5%) y Nicaragua (5,5%). Costa Rica creció el 0,5% y Jamaica el 0%. El peor resultado

en toda la región fue el de Venezuela (- 1,5%) ⁵⁶.

Si de las tasas de crecimiento pasamos a los ingresos absolutos, o relativos a la población, la diferencia entre los diversos "mundos" resulta inocultable. Recogiendo datos del Banco Mundial, presentamos aquí las cifras sobre ingreso *per cápita*, en dólares de 1994, de los diez países más ricos y más pobres del mundo ⁵⁷.

Suiza	37.930	Madagascar	200
Japón	34.630	Uganda	190
Dinamarca	27.970	Chad	180
Noruega	26.390	Malawi	170
EE.UU.	25.880	Sierra Leona	160
Alemania	25.580	Burundi	160
Austria	24.630	Tanzania	140
Suecia	23.530	Etiopía	100
Francia	23.420	Mozambique	90
Bélgica	22.870	Rwanda	80

El promedio mundial es de US\$ 4.470. Vemos en el grupo de los líderes a un conjunto de países europeos, con la excepción de Japón y Estados Unidos, donde curiosamente falta el Reino Unido, líder de la primera revolución industrial, que ocupa el puesto dieciocho, superado todavía por Singapur, Países Bajos, Hong Kong, Canadá, Kuwait, Italia y Finlandia. Por el lado de los más pobres, entendemos perfectamente por qué se habla recientemente del cuarto mundo integrado por un conjunto de países africanos.

La situación de los países de América Latina y el Caribe, excluida Cuba, clasificados por el puesto que ocupan, y por su ingreso *per cápita* en dólares del 94, es el siguiente ⁵⁸.

⁵⁴ Barro R. J. - Sala-i-Martin X. *Economic Growth*. McGraw Hill, 1995, pp. 3-4. Quizás habría sido más apropiado poner a Venezuela como un país de crecimiento cero, ya que la tasa negativa es realmente insignificante (- 0,0009%).

⁵⁵ Banco Interamericano de Desarrollo. *Progreso Económico y Social en América Latina. Informe 1994*. Washington.

⁵⁶ *Balance Preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1996*. Resumido en la Revista Mexicana *Comercio Exterior*. Vol 47 (Marzo 1997) N°3, pp.246-256.

⁵⁷ Banco Mundial. *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1996*, pp. 220-221.

⁵⁸ El Banco Mundial ordena ciento treinta y dos países desde el más pobre al más rico. Nosotros cambiamos el orden para clasificarlos desde el más rico al más pobre.

País	Puesto	per cápita
Argentina	26	8.110
Uruguay	31	4.660
<i>Media mundial</i>		4.470
México	32	4.180
Trinidad y Tobago	35	3.740
Chile	36	3.520
Brasil	41	2.970
Venezuela	46	2.760
Panamá	48	2.580
Costa Rica	53	2.400
Perú	57	2.110
Colombia	61	1.670
Paraguay	63	1.580
Jamaica	64	1.540
El Salvador	66	1.360
<i>Mediana mundial</i>	67	
Rep. Dominicana	68	1.330
Ecuador	69	1.280
Guatemala	73	1.200
Bolivia	81	770
Honduras	93	600
Nicaragua	106	340
Haití	119	230

Se señalan por separado pequeños territorios, varios de ellos situados en el Caribe y de habla inglesa, cuyo ingreso *per cápita* es el siguiente: Bahamas (\$ 11.800), Antigua y Barbuda (\$ 6.770), Barbados (\$ 6.560), St. Kitts y Nevis (\$ 4.760), Santa Lucía (\$ 3.330), Dominica (\$ 2.800), Granada (\$ 2.630), Belice (\$ 2.530), San Vicente y Granadinas (\$ 2.140), Suriname (\$ 860), Guyana (\$ 530), Santo Tomé y Príncipe (\$ 250).⁵⁹

Si de los ingresos absolutos pasamos a la distribución interna del ingreso, los datos porcentuales para América Latina (porcentaje del ingreso nacional recibido por el decil inferior y superior) son los siguientes⁶⁰

⁵⁹ *Ibidem* p.254.

⁶⁰ *Ibidem* p.228. El Banco Mundial desagrega además la población por quintiles, pero en el texto nos fijamos únicamente en los dos deciles extremos. Aunque habría en consecuencia dos criterios de clasificación, hemos elegido ordenarlos, de peor a menos malo, de acuerdo al decil inferior. Sobre algunos países no existen datos en los últimos tres años.

País	10% más pobre	10% más rico
Panamá	0,5	42,2
Guatemala	0,6	46,6
Brasil	0,7	51,3
Costa Rica	1,2	34,1
Colombia	1,3	39,5
Venezuela	1,4	42,7
Chile	1,4	46,1
Honduras	1,5	41,9
México	1,6	39,2
Rep. Dominicana	1,6	39,6
Nicaragua	1,6	39,8
Perú	1,9	34,3
Bolivia	2,3	31,7
Ecuador	2,3	37,6
Jamaica	2,4	31,9

Como se puede ver a simple vista, después de tantos planes de desarrollo aún queda mucho por hacer.

3. Los Años Noventa

3.1 Nuevas perspectivas

El retomar la temática del crecimiento, el desarrollo y la pobreza en los años noventa, además de colocarnos de una vez en el estado actual de la discusión, nos permite contemplar a cierta distancia, y en perspectiva, el camino recorrido desde aquellos años sesenta, prolíficos y esperanzados, en los que esa temática ocupaba el centro del debate económico en infinidad de frentes, y con la vitalidad que todo nuevo proyecto trae consigo.

Así como en la historia de las ideas económicas al optimismo neoclásico sobre las posibilidades de crecimiento manifestadas en el progreso tecnológico, el desarrollo del sistema financiero y la sabiduría del mercado, se sucedieron los duros reveses del *crack* en la Bolsa de Nueva York y dos Guerras Mundiales; también a fines de este siglo la realidad de los setenta y ochenta ha hecho que el lenguaje actual sobre las causas y soluciones de la pobreza se haya hecho más cauto y realista, las propuestas más delimitadas y concretas, y las esperanzas más lejanas.

El tema central del *Informe sobre el Desarrollo Mundial* del Banco Mundial para 1990 versó sobre la "Pobreza". Podríamos decir que desde allí se hace un balance y se traza un horizonte que de alguna manera va a orientar los aportes posteriores de otros organismos y centros académicos. Es esto lo que vamos a tratar de recoger en las páginas que siguen. Pero antes, hagamos algunas reflexiones introductorias que nos ayuden a contemplar de un vistazo los rasgos más resaltantes de este panorama.

La primera y más evidente diferencia con los años sesenta es que el desarrollo, el crecimiento y la pobreza *han dejado de ocupar el primer plano*. No es que no se trate el tema. Hasta podríamos decir que, dada la proliferación de revistas especializadas surgidas en los últimos años, se escriben más páginas sobre estos problemas hoy que hace treinta años. Una breve ojeada a la bibliografía de este trabajo lo confirma⁶¹. Pero en términos relativos es

⁶¹ Sobra decir que ahí no se recoge toda la bibliografía existente, sino únicamente la que se va a utilizar en este resumen. Se puede ver otra bibliografía complementaria perteneciente

evidente que el interés central de los economistas se ha trasladado a otros frentes.

Incluso en el Tercer Mundo, los problemas surgidos en esas décadas han obligado a centrar la reflexión en otros temas. Los años setenta quedaron marcados por la crisis de la deuda, y los ochenta por la polémica en torno a los programas de ajuste y estabilización asumidos por varios países bajo la ayuda, condiciones y tutela impuestos por el Fondo Monetario Internacional. Sólo en los años noventa se vuelven a oír, aunque en sordina, voces que se atreven a vislumbrar en el horizonte signos de recuperación.

Adicionalmente, el resurgimiento de la corriente clásica, rebautizada en estos años, generalmente por los adversarios, con el remoquete de *neoliberal*, ha hecho que se redefinan los campos.

Ya hoy el crecimiento no es un problema que afecta únicamente a los países del Tercer Mundo. También las *naciones desarrolladas* sienten su aguijón, y perciben cierto estancamiento en sus economías, además de enfrentarse con renovada urgencia a los fantasmas de la sobreproducción y el desempleo.

De hecho una gran parte de los modelos de *crecimiento* surgidos sobre todo desde la corriente clásica, que privilegia los mecanismos de mercado como arma fundamental para lograr un crecimiento equilibrado, toma ejemplos y utiliza cifras referidas a los países desarrollados.

Ni siquiera las discusiones sobre la pobreza se centran siempre en el Tercer Mundo. Muchas veces tratan de comprender la coexistencia de marginalidad y abundancia en el Primer Mundo, y buscan respuestas para aminorar las diferencias, que después de todo atentan contra las mismas posibilidades de crecimiento global de cada nación.

La literatura sobre el *Desarrollo* se ha visto cada vez más confinada a los grandes organismos internacionales como el Banco Mundial, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

La separación de temas ha dado lugar también a la fragmentación de la literatura en *dos lenguajes*. En los escritos sobre crecimiento abunda el lenguaje matemáti-

a esos mismos años en Eduardo J. Ortiz (1994).

co, los modelos elaborados y complejos, la atención a problemas específicos y limitados, una evidente preferencia por las soluciones surgidas en los ajustes de mercado, y cierta concentración en el área de la teoría microeconómica. En cambio los escritos sobre desarrollo continúan con visiones globales, lenguaje narrativo con fuerte predominio sociológico y politológico, inclinación a la perspectiva macroeconómica, y predilección por el intervencionismo estatal a partir de programas y políticas predefinidas.

Esta disgregación no es neutral. En la época de la *imagen* y la *publicidad* en la que se desarrolla nuestra existencia actual, donde unos pocos rasgos bien estilizados provocan en un instante torrentes de simpatía, indiferencia o rechazo, da la impresión de que el lenguaje neoliberal sobre el crecimiento ha ganado la batalla entre los economistas del presente y del futuro (los actuales estudiantes de economía). A pesar del espejismo que esta apreciación pueda esconder, los modelos clásicos de crecimiento parecen más elaborados, científicos y concretos, mientras que los escritos sobre desarrollo se abordan con cierto desdén, como exhortaciones piadosas, visiones panorámicas difusas, y catálogos impracticables de buenos deseos. Es de esperar o temer, según desde dónde se vea el fenómeno, que tal decantación de los intereses y realineación de los talentos vaya a influir significativamente en el trazado de metas y prioridades económicas en los próximos años.

En todo caso, continuemos con nuestro recuento de nuevas perspectivas antes de abordar con mayor detalle algunas de ellas.

Precisamente la reaparición de crecimientos moderados en los países desarrollados ha hecho que cambien profundamente los *paradigmas*. Ya casi nadie pone como ejemplo, al menos explícitamente, a los Estados Unidos, obligados a compartir el liderazgo mundial con Japón y una Unión Europea fortalecida -a pesar de las múltiples dificultades del ajuste- bajo el liderazgo de Alemania. Mucho menos se sueña en mencionar como modelo a una Unión Soviética que ni siquiera existe, y cuyos satélites se han encontrado en la embarazosa situación de ser países subdesarrollados dentro del Viejo Continente.

Se habla en cambio, con una mezcla de admiración y cautela, sobre los logros recientes de los Tigres Asiáticos o, dentro de nuestro entorno, sobre el admirable

desempeño de la nación chilena; aun cuando no hayan desaparecido del todo los temores sobre la fragilidad de estos nuevos modelos, que en todo caso sólo son además considerados como tales para los países en vías de desarrollo. Como símbolo de esta fragilidad, todos los ojos están fijos en la evolución que experimentará Hong-Kong después de su anexión a China. En Latinoamérica es asimismo digna de análisis y estudio la evolución reciente de la literatura sobre el caso mexicano, grandilocuente y triunfalista durante el Gobierno de Carlos Salinas (el socio que se codea en la NAFTA con los Estados Unidos y el Canadá), pero callada o hipercrítica tras la crisis monetaria y financiera que estalla a fines del 94, y sus coletazos perversos ("efecto tequila") sobre el resto del continente.

Cambian los ídolos y se modifican también hasta cierto punto, o se visten con ropaje nuevo, los tópicos de discusión.

Se sigue hablando del tema de la *convergencia* entre países, pero desde una nueva perspectiva donde se ve como poco probable la convergencia absoluta (entre países pobres y ricos) pero se avizoran ciertas posibilidades de convergencia relativa entre países con puntos de partida similares.

Por otra parte, y reforzando hasta cierto punto la tesis de la divergencia, cobran nueva fuerza los modelos de *crecimiento endógeno*, donde se pone en duda el cuasi-dogma clásico de los rendimientos decrecientes de los factores productivos.

Frente a los análisis pasados, que veían la manifestación fundamental del progreso tecnológico en un incremento de la relación entre capital y mano de obra, ahora se hace énfasis en el desarrollo del capital humano no sólo a través de la educación formal, sino también por intermedio del entrenamiento constante en los mismos puestos de trabajo (*on-the-job-training*).

Curiosamente hay también un tímido repunte en estos últimos años de los temas *éticos*, que uno no sabe si atribuir a un sorpresivo redescubrimiento del valor intrínseco de los criterios morales de comportamiento, o a un pragmático retorno a la convicción volteriana de que "si no existiera la religión habría que inventarla". Así se explicaría, por ejemplo, que publicaciones sobre administración de empresas, donde por lo general tienen poca cabida los ensueños igualitarios, monten un sofisticado modelo con simbología de teoría de

juegos, en el que con el apoyo de seis proposiciones se demuestra la existencia de una relación positiva entre infiltración de principios solidarios de socialización, y mejoramiento en el nivel de actividad y eficiencia de la institución ⁶².

Pero pasemos de la presentación general, al desarrollo algo más detallado de estos y otros temas.

3.2 Medición de la Pobreza

Podría parecer extemporáneo que a estas alturas los especialistas se pongan a discutir sobre el concepto y medición de la pobreza, cuando se lleva tanto tiempo hablando sobre el tema. Evidentemente esto no se debe a que en los años anteriores no se tuviera ninguna idea precisa de lo que se estaba debatiendo.

La recurrencia sobre definiciones y medidas tiene en el contexto actual dos objetivos. En primer lugar, intentar un consenso entre los principales organismos que recogen periódicamente estadísticas, comparaciones y análisis, con el objeto de presentar criterios uniformes. De lo contrario se puede llegar, como veremos en las páginas que siguen, a plantear perspectivas contradictorias, todas apoyadas en cifras, sobre el desempeño de diversas economías en un período determinado. Pero además, si se quiere que la descripción de hechos lleve a una definición de políticas, es preciso tener claro a qué sector de la población se quiere atender prioritariamente, y cuántos son los recursos que se necesitan para responder a ese reto.

Precisamente porque las metas trazadas son de largo alcance, e intentan implicar y comprometer a distintos agentes económicos y sectores sociales dentro de cada país o región, se ha otorgado en esta tarea un papel ductor a los organismos internacionales más preocupados por el tema. En nuestro caso el Banco Mundial, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Comisión Eco-

nómica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Esto no obsta para que algunos especialistas hayan abordado por su cuenta el tema, y hayan ofrecido sugerencias válidas para mejorar los indicadores comúnmente utilizados.

En los escritos donde se aborda este tema, es frecuente que aparezcan entremezcladas ideas sobre la definición de pobreza, sugerencias sobre la mejor manera de medirla, y análisis comparativos sobre los resultados que los indicadores utilizados ofrecen al ser aplicados a situaciones concretas. En la exposición que sigue, mantendremos también unificadas estas perspectivas.

Lin Squire ⁶³ se apoya en la definición de Pobreza utilizada por el Banco Mundial en su ya mencionado *Informe sobre el Desarrollo Mundial* de 1990, donde se ve a ésta como "la incapacidad para alcanzar un mínimo nivel de vida, representado por la inclusión no sólo del consumo de alimentos, ropa y vivienda, sino también del acceso a la educación, servicios de salud, agua limpia y cosas semejantes". Equivale a un ingreso anual *per cápita* menor de 370\$ de 1985. Abarca a la tercera parte de los países subdesarrollados, lo que en términos absolutos equivale a un billón de personas.

Podemos hacer un par de observaciones introductorias, que nos ayuden a comprender las discusiones posteriores en torno a esta definición. En primer lugar, se toma en cuenta como único indicador el ingreso *per cápita*. Algunos escritos simplifican la cifra de 370\$ anuales equiparándola a un dólar diario de ingreso.

Además, aparece implícita en la definición una doble categorización que luego se va a hacer más explícita. Son pobres extremos, o en terminología más reciente de la CEPAL "indigentes", los que ni siquiera tienen para comer. Pero se puede considerar también pobres a los que, siendo capaces de satisfacer las necesidades básicas de alimentación, no pueden acceder a otros niveles de consumo también considerados esenciales, y referidos al vestido, vivienda, transporte y servicios elementales de salud, educación y recreación.

Bajo este criterio, el Banco Mundial utiliza un indicador que sigue aún vigente en

⁶² Noe, Thomas H. (1994). Es frecuente que los estudios citados en las notas hayan sido realizados en equipo por varios autores. Pero normalmente señalaremos, también en el texto, únicamente al primero de ellos. Se puede consultar la bibliografía para encontrar las referencias completas con todos los nombres, así como los títulos de los artículos reseñados.

⁶³ *The American Economic Review*, N° 2 (1993).

nuestros días: La "proporción de pobres", o número relativo de pobres con respecto a la población total ("*headcount index*").

Utilizando este indicador, Squire calcula sus valores para Europa del Este (7%), Asia Oriental (11%); América Latina (25%), Oriente Medio y Norte de África (33%), África Sub-Sahariana (48%) y Asia Meridional (49%).

En términos globales, entre 1965 y 1980 disminuyeron los índices de pobreza. En la década de los 80 disminuyeron en todas partes menos en América Latina, donde dos de cada tres países incrementaron sus niveles de pobreza.

Gary S. Fields⁶⁴ define la pobreza con palabras semejantes ("incapacidad de un individuo o familia para disponer de recursos suficientes que le permitan satisfacer sus necesidades básicas"), pero hace notar que las líneas de pobreza no deberían ser uniformes para todos los países, sino que tendrían que tomar en cuenta los estándares de vida de cada lugar, así como su estado de desarrollo.

La idea, nos recuerda el mismo Fields, es al menos tan antigua como David Ricardo, quien al hablar del salario de subsistencia recordaba que "en un mismo país varía en distintas épocas, y difiere cuantiosamente de un país a otro. Depende esencialmente de los hábitos y de las costumbres de la gente"⁶⁵.

El Banco Mundial y el PNUD intentan algo de esto al presentar en sus estadísticas, además del PNB *per cápita*, estimaciones del PNB ajustado por la Paridad del Poder Adquisitivo (PPA).

Fields hace además una serie de observaciones críticas, que serán respaldadas como veremos más tarde por otros autores, sobre la utilización preferente del ingreso como indicador de pobreza o bienestar.

Conceptualmente es mejor medir el consumo que el ingreso, porque el primero es más estable mientras que las variaciones abruptas del segundo se reflejan más bien en los niveles de ahorro. Se debe imputar además como ingreso el valor de los bienes producidos y consumidos en el hogar.

⁶⁴ *Journal of Development Economics*, N° 1 (1994).

⁶⁵ *Principios de Economía Política y Tributación*. FCE, México, 1973, p.74. Original de 1817.

Es más conveniente tomar como sujeto de medición el hogar, y no los individuos, ya que éstos pueden vivir cómodamente sin obtener ingresos productivos (aunque, por supuesto, recibiendo transferencias) en el caso de familias acomodadas. Por otra parte, y por razones evidentes, habría que ajustar los ingresos del hogar de acuerdo al tamaño de la familia (*per cápita*), y hacer ajustes regionales (no sólo entre urbano y rural, como es común) tomando en cuenta los niveles de inflación de cada lugar.

Por otra parte, y en relación con los indicadores de pobreza, además de medir la proporción de pobres o "*headcount ratio*" (H), convendría tomar en cuenta la brecha porcentual promedio del ingreso (I) respecto a la línea de pobreza ("*average income shortfall*"), así como la desviación respecto a la media, que reflejaría las diferencias existentes entre los mismos pobres. Esta desviación se podría medir por el conocido coeficiente de Gini (G) que indica qué proporción de la población posee determinadas proporciones del ingreso.

Recogiendo estas magnitudes en una fórmula matemática se tendría el índice de Pobreza (P) ya utilizado por otros autores como Sen y Foster⁶⁶:

$$P = H [I + (1 - I) G]$$

En cuanto a la diferenciación entre los dos niveles de pobreza, Fields apoya la aproximación de la CEPAL, donde se supone que los hogares dedican en promedio un 50% de su ingreso al consumo de alimentos, y se piensa por lo tanto que el valor de la cesta más amplia (llamada a veces "normativa") dobla al de la cesta de alimentos ("básica"). Entonces quien no recibiera ni un dólar diario de ingreso sería indigente, y el que no llegara a dos dólares se consideraría simplemente pobre.

Así como Fields considera el consumo un mejor indicador de pobreza o no pobreza que el ingreso, Judith Yates⁶⁷ señala cómo, incluso si se tomara como indicador

⁶⁶ Se puede ver otro índice algo más complejo utilizado también por Foster, donde el índice de pobreza general es un promedio ponderado de los índices correspondientes a diversos subgrupos (por zona geográfica, nivel educativo, género o propiedad de la tierra) en Foster (1991). Una aplicación del mismo a México en Székely (1997).

⁶⁷ *The Review of Income and Wealth*, N° 1 (1994).

el ingreso, convendría contabilizar también como parte de él una serie de gastos en los que no se incurre, porque se cuenta con ciertas ventajas tales como por ejemplo el tener casa propia. En este caso concreto se podría hablar de "ingresos por arrendamiento" (*"rental incomes"*), equivalentes al valor de mercado de los alquileres, menos los costos de mantenimiento, reparaciones, seguro, servicios básicos del hogar, depreciación o, en fin, todo el conjunto de gastos que el inquilino de un local arrendado carga sobre su propietario. Cuando se calculan los ingresos bajo este criterio, desciende considerablemente el número de pobres que existen en cada país, tal como lo prueba Yates para el caso concreto de Australia.

Algunas veces se prefiere utilizar el costo de oportunidad de la vivienda (los ingresos que se podrían obtener si se colocara el valor de sus ventas eficientemente en el mercado financiero) en vez de su valor de mercado. Aunque en este último caso los resultados obtenidos no siempre sean los mismos, ya que los mercados financieros y los de la vivienda se pueden mover en determinadas coyunturas bajo diversas tasas de rendimiento, en ambas mediciones el número de pobres disminuye.

Claro que, tal como reconoce Yates, el hecho de poseer un hogar propio en vez de uno alquilado puede otorgar ciertos beneficios subjetivos, tales como seguridad o prestigio social, que no pueden ser adecuadamente reflejados en los precios.

Es este elemento subjetivo el que trata de captar de alguna manera Shelley Phipps⁶⁸ quien, después de constatar las diferencias en la medición de la pobreza evidentes entre diversos autores ("No hay dos investigadores que trabajen independientemente y lleguen a exactamente las mismas conclusiones sobre la medición de la pobreza"⁶⁹), se concentra en el debate en torno a si la medición de la pobreza se

debe hacer con baremos objetivos, o se debe dar prioridad a los criterios subjetivos.

La ventaja de estos últimos es que reconocen el grado de privación o carencia tal como es percibido por cada individuo. Según este criterio, habría que preguntar a las personas si consideran que su ingreso es bueno o malo, suficiente o insuficiente para cubrir sus aspiraciones básicas.

La idea no es nueva. Ya en 1991 Bernard van Praag había liderizado en Holanda a un grupo de economistas que trabajaron bajo este criterio⁷⁰. También a nivel latinoamericano se puede consultar el trabajo realizado en Guatemala por el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Rafael Landívar, dirigido por Miguel von Hoegen, donde se deja que diversos grupos indígenas expliquen cómo perciben la pobreza y cuáles piensan que pueden ser sus posibles remedios⁷¹.

Claro que con este criterio resulta más difícil hacer comparaciones significativas entre países. Además, no se deberían utilizar criterios meramente subjetivos para planificar la política social, ya que entonces podrían recibir recursos quienes no los necesitan tan urgentemente, pero son más exigentes o tienen más aspiraciones en relación con su situación.

De todas formas, también los criterios aparentemente objetivos contienen elementos subjetivos, tales como determinar que número de calorías, proteínas, grasas o féculas son necesarias para sobrevivir. Y también en las estadísticas oficiales, aparentemente neutras, pueden intervenir a veces criterios políticos, por los que se manipulan las cifras sobre pobreza para mejorar la imagen internacional, para disminuir las necesidades de recursos que hay que invertir en programas sociales, o para dirigir éstos hacia determinados sectores excluyendo a otros.

Tratando de ofrecer algún criterio cuantitativo, únicamente para el caso de los países desarrollados, Phipps hace notar que muchos especialistas estarían de acuerdo en que se considere pobre a quien esté por debajo del 50% de la mediana, aunque todavía se puede afinar más deci-

⁶⁸ *The Review of Income and Wealth*, N°3 (1993).

⁶⁹ Recientemente (1995) Ana María di Leo, estudiante de Economía en la UCAB (Caracas) realizó su memoria de grado sobre *La distribución del ingreso en Venezuela. Análisis de algunas investigaciones recientes*, donde compara los resultados ofrecidos por Lourdes Urdaneta, Asdrúbal Baptista, Héctor Valecillos y Ricardo Márquez, y trata de encontrar razones para sus divergencias.

⁷⁰ *Journal of Econometrics*, N° 1-2 (1991). Una breve exposición del cuestionario y la cuantificación de sus resultados en Ortiz (1994) pp. 60-62.

⁷¹ Von Hoegen, Miguel (1995)

diendo si esa medida debe ser tomada antes o después del pago de impuestos.

Volviendo a los criterios subjetivos, una encuesta reciente pasada por *Latin Barómetro* en 17 países de América Latina⁷² ofrece los siguientes resultados: "La mitad de la población considera que la situación de su país es mala, y el 60 % cree que en los últimos años no ha progresado. Las dos terceras partes de la población consideran que hoy en día la distribución del ingreso es injusta. La mitad de la gente cree que su ingreso familiar no alcanza para cubrir sus necesidades. Las tres cuartas partes de los encuestados consideran que entre 1990 y 1995 la pobreza aumentó".

Alejandro Izurieta⁷³ es quizás, entre los autores aquí citados, quien más profundiza en los elementos que deberían ser tomados en cuenta a la hora de definir líneas de pobreza.

Parte de la constatación de una evidencia empírica equívoca o ambigua al estudiar la evolución de los países latinoamericanos en los últimos años, ya que los indicadores del ingreso muestran una alarmante tendencia a la agudización de la pobreza, mientras los indicadores sociales sugieren un mayor bienestar.

De ahí concluye que la pobreza se puede medir por el método de ingresos (indirecto) o por el de indicadores sociales (directo).

El primero es insuficiente, ya que los ingresos pueden ser mal utilizados (por ejemplo, para comprar un televisor en vez de comida), y porque las personas tienen acceso a algunos servicios públicos sin tener que pagarlos. Además, tal como hemos indicado más arriba, la CEPAL y otros investigadores que asumen los mismos criterios, suponen un coeficiente de Engel (proporción del ingreso gastada en alimentos) de 0,50; lo que hace que la canasta normativa cueste el doble que la básica. Pero esta presunción es muy arbitraria y no existen en la práctica suficientes elementos para justificar esa elección.

Si nos inclináramos entonces a medir la pobreza a través de los indicadores sociales, habría que distinguir en ellos tres niveles.

a) De *Resultados*: En este caso se podrían tomar en cuenta las cifras sobre

mortalidad infantil, esperanza de vida y tasas de escolarización, que cubren las áreas más comúnmente aceptadas como indicadoras de bienestar.

b) De *Insumos*: Los resultados anteriores no se obtienen por decreto, sino que exigen que en cada país haya suficiente disponibilidad de alimentos y agua potable, o que los centros públicos de salud y educación estén adecuadamente dotados de personal, equipos y medicinas.

c) De *Acceso*: Incluso en el caso ideal en que un país tuviera una provisión de insumos idealmente suficiente para responder a las necesidades de la población, sería preciso conocer si ésta tiene capacidad de acceder a esos servicios. Aquí hay que tomar en cuenta en un primer momento las distancias de las viviendas a los centros de atención, la existencia de transporte y sus costos, los gastos en que deben incurrir los hogares para aprovecharse de esos servicios (útiles escolares, compra de medicinas después de recibir la atención primaria). Pero se deben considerar también otros elementos, tales como que los potenciales usuarios conozcan la existencia de los servicios, y estén motivados para hacer uso de ellos.

En unas páginas conclusivas, Izurieta lamenta la *pobreza de los estudios sobre la pobreza*, ya que las investigaciones hechas hasta ahora sobre la situación social en América Latina no resultan convincentes ni en el análisis de los mecanismos de generación de la pobreza y la desigualdad, ni en la detección de los factores determinantes que pudieran ser objeto de políticas orientadas al progreso social. La principal responsabilidad de esta situación la atribuye el autor a la falta de estadísticas suficientemente representativas y confiables, y a la "creatividad" de los investigadores que compensan la carencia de datos con una profusión de análisis teóricos donde cada uno termina por concluir lo que mejor cuadra con sus prejuicios y convicciones.

No estaría de más reflexionar sobre estas palabras antes de asumir y planificar tareas concretas en la investigación que estamos emprendiendo. Ellas nos podrían ayudar a delimitar modestamente nuestras aspiraciones, y a depurar nuestra metodología. Quizás sea mejor decir pocas cosas que se puedan probar, y plantear pocos remedios que se puedan experimentar, en vez de repetir imponentes visiones panorámicas, donde es prácticamente imposible inventar algo que ya no se haya dicho.

⁷² Citado por Londoño - Székely (1997).

⁷³ *El Trimestre Económico*, N° 241 (1994).

A pesar de todo, dice Izurieta, las recientes investigaciones latinoamericanas sobre la pobreza han tenido efectos positivos, ya que evidencian un interés real por el tema, estimulan el avance del conocimiento del fenómeno, contribuyen a detectar las necesidades específicas en la creación de bases estadísticas, y ayudan a crear un consenso sobre la necesidad de ponerse de acuerdo en una definición conceptual suficiente, y en la aplicación de métodos de estimación adecuados.

No podemos terminar esta sección sin mencionar los esfuerzos del PNUD para afinar el concepto de pobreza y sus indicadores ⁷⁴.

Sobre la definición no se avanza mucho más. "La pobreza puede significar más que la falta de lo que es necesario para el bienestar material. Puede significar además la denegación de oportunidades y opciones básicas para el desarrollo humano, vivir una vida larga, sana y creativa y disfrutar de un nivel decente de vida, libertad, dignidad, respeto por sí mismo y por los demás".

En cambio en los indicadores, el PNUD se encuentra en un proceso permanente de revisión incluso de sus propios cálculos.

Recoge por una parte los índices existente como la "Incidencia de la pobreza" o porcentaje de personas que viven por debajo de la línea de pobreza, equivalente al "Headcount index"; la "Profundidad de la pobreza" o "Brecha de la pobreza", medida como distancia media de los pobres con respecto a la línea de pobreza ("average income shortfall"); y la "Severidad de la pobreza", donde se pondera de distinta manera la profundidad de la pobreza en cada diferencia individual, con lo que se refleja también la desigualdad entre los mismos pobres.

Por otra parte, recomienda corregir el criterio inicial del Banco Mundial, donde con el objeto de realizar comparaciones internacionales se fija la línea de pobreza en un ingreso de un dólar diario, a precio de 1985; y aumentar esa cantidad a \$2 para el caso de América Latina y el Caribe. Ya hemos dicho antes que ese monto podría estar implícito en la doble diferenciación de indigencia y pobreza.

Introduce además el PNUD un nuevo nivel de miseria, al que llama "ultrapobreza", aplicable cuando se dedica el 80% del ingreso a comprar alimentos, o cuando no

se puede satisfacer al 80% de calorías mínimas fijadas por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Por fin se retiene el Índice de Desarrollo Humano (IDH), utilizado en años anteriores, y se añade el Índice de Pobreza Humana (IPH), utilizado por primera vez en el Informe de 1997.

El IDH se basa en la medición de tres variables: la esperanza de vida, el logro educacional (un combinado de alfabetización y escolarización) y el PIB real *per cápita*. Para cada una de estas tres variables se toman en cuenta indicadores de brecha, es decir, diferencias porcentuales entre la situación real y la deseada. Para ello se coloca en el numerador de la fracción la distancia entre el valor de cada variable y su mínimo; y en el denominador la distancia entre los valores mínimos y máximos absolutos (en esperanza de vida 25 y 85 años; en alfabetización y matriculación 0% y 100%; en PIB real *per cápita* 100\$ y 40.000\$). EL IDH es un promedio simple de los tres indicadores.

Para calcular el IPH se toma en cuenta el porcentaje de personas que se estima morirán en el país bajo consideración antes de los 40 años (P_1), el porcentaje de adultos analfabetos (P_2), el porcentaje de personas sin acceso a servicios de salud (P_{31}), sin acceso a agua potable (P_{32}), y el porcentaje de niños menores de cinco años con peso insuficiente (P_{33}).

P_3 es un promedio simple de P_{31} , P_{32} y P_{33} .

La fórmula completa permite la existencia de diversas ponderaciones para cada uno de estos indicadores:

$$IPH = P(\alpha) = [(w_1 P_1^\alpha + w_2 P_2^\alpha + w_3 P_3^\alpha) / (w_1 + w_2 + w_3)]^{1/\alpha}$$

Pero, al menos en esta edición de 1977, se ha decidido dar a todos ellos la misma ponderación, por lo que la fórmula queda reducida a:

$$P(\alpha) = [(P_1^\alpha + P_2^\alpha + P_3^\alpha) / 3]^{1/\alpha}$$

La elasticidad de sustitución (σ) entre dos indicadores viene medida por $[1 / (\alpha - 1)]$,

$$P(\alpha) = [(P_1^\alpha + P_2^\alpha + P_3^\alpha) / 3]^{1/\alpha}$$

La elasticidad de sustitución (σ) entre dos indicadores viene medida por $[1 / (\alpha - 1)]$,

⁷⁴ Informe sobre Desarrollo Humano 1997.

ya que, por definición, $\sigma = \frac{\delta \log(P_1 / P_2)}{\delta \log x}$,

$$\text{siendo } x = \frac{\delta P(\alpha) / \delta P_1}{\delta P(\alpha) / \delta P_2} = \frac{w_1}{w_2} \left(\frac{P_1}{P_2} \right)^{\alpha-1}$$

$$\Rightarrow \frac{P_1}{P_2} = \left(\frac{w_2}{w_1} \right)^{1/(\alpha-1)} x^{1/(\alpha-1)} \Rightarrow \log \frac{P_1}{P_2} =$$

$$\frac{1}{\alpha-1} \log \left(\frac{w_2}{w_1} \right) + \frac{1}{\alpha-1} \log x$$

$$\Rightarrow \sigma = \frac{\delta \log(P_1 / P_2)}{\delta \log x} = \frac{1}{\alpha-1}$$

Un valor de "alpha" igual a 1 supone sustituibilidad infinita, con lo que el efecto sobre el IPH de una variación de un 1% en uno de los indicadores sería el mismo cualquiera que fuese el valor de los demás indicadores. Pero esto va en contra de la evidencia, donde se supone que conforme la privación total es mayor, un incremento adicional de un 1% de privación debería recibir una ponderación cada vez mayor.

El PNUD decidió este año dar a "alpha" un valor de 3⁷⁵.

A partir de estos y otros indicadores, diversos autores aportan una serie de reflexiones sobre la evolución de América Latina en los últimos años, que recogemos a continuación

3.2 Década perdida

Los años ochenta están marcados por dos fenómenos que en cierto sentido son caras de la misma moneda: la crisis de la deuda, y la adopción forzada de programas de ajuste y estabilización.

Se ha escrito tanto sobre ambos procesos, que cualquier intento de resumen tiene que aparecer como patéticamente inadecuado. Aquí nos vamos a limitar a recoger unos pocos aportes que vean el conjunto desde diversas perspectivas.

La crisis de la deuda, que en cada país tuvo sus peculiaridades, y que en todos los

casos tuvo algo que ver con la crisis del petróleo originada en la elevación unilateral de los precios del mismo por parte de la OPEP, cambió drásticamente la dirección en que según los planes desarrollistas de los años sesenta se iban a mover los recursos financieros. En los años ochenta comenzaron a refluir desde los países subdesarrollados a los desarrollados.

Entre los múltiples efectos perversos de este proceso podríamos recordar la disminución de las importaciones y la consecuente pérdida de dinamismo del mercado interno; el freno impuesto al consumo, la disminución de la inversión y la carencia de impulso de la industrialización.

Desde el punto de vista político y social el Estado deja de ser motor de la acumulación de capital, pierden poder los sindicatos y la clase media empresarial, se fortalecen las grandes empresas que obligan a los Gobiernos a asumir el peso de la deuda privada externa, y disminuye aún más la capacidad adquisitiva de la población al incrementarse la carga impositiva, haciendo énfasis en la tributación indirecta, más regresiva pero más fácil de recaudar y de flujo más continuado⁷⁶.

Esta crisis se ve a su vez agudizada por la recesión internacional de aquellos años, el deterioro de los términos de intercambio y la elevación de las tasas de interés⁷⁷.

Todo esto crea un conjunto de desequilibrios inmanejables, y hace que los países latinoamericanos se vean en la obligación de pedir ayuda al Fondo Monetario Internacional, aceptando sus condiciones y sometiéndose a sus programas de ajuste.

Como he sugerido anteriormente, la literatura sobre este proceso no sólo es amplia en cantidad, sino extremadamente variada en sus valoraciones, que van desde la indignación y el grito de guerra contra el imperialismo, hasta el agradecimiento a una ayuda sin la que hubiera sido imposible superar la crisis, o incluso la exultación por la caída (como el "o felix culpa" de la vigilia pascual cristiana) que provocó el rechazo de las políticas intervencionistas y abrió las puertas a la salvación ofrecida por las leyes de la oferta y la demanda.

⁷⁵ En los párrafos anteriores se resumen someramente las observaciones estadísticas incluidas en una detallada nota técnica que se encuentra en las pp. 133-141 del Informe citado.

⁷⁶ Pedro Sainz. *Revista de la Cepal*, N° 48 (1992).

⁷⁷ Oscar Altimir. *Revista de la Cepal*, N° 40 (1990).

A pesar de que esta afirmación necesitaría algunas matizaciones, se percibe que a lo largo de los años el talante de muchos análisis latinoamericanos se va haciendo algo más frío, neutral y hasta favorable a los programas de ajuste, una vez que diversos países han podido comprobar ciertos cambios positivos en sus economías o, al menos, la disminución de los signos de deterioro.

En general, en los años ochenta se camina hacia políticas más abiertas, con mayor presencia relativa del sector privado, y más orientadas al mercado. En diversos ambientes se ha apodado a esta tendencia con el epíteto de "neoliberalismo".

Gert Rosenthal resume las exigencias de los programas de ajuste en las siguientes características⁷⁸.

- i) Imposición de aranceles uniformes y preferentemente bajos.
- ii) Exigencia de disciplina fiscal y reorientación del gasto público hacia recortes del gasto social y eliminación o disminución de los subsidios.
- iii) Reforma tributaria ampliando la base gravable, mejorando la recaudación, y eliminando progresivamente las exenciones.
- iv) Política monetaria restrictiva con el fin de recortar la demanda agregada y, consecuentemente, la inflación. Tasas reales de interés moderadamente positivas.
- v) Liberalización financiera y abolición de tasas privilegiadas.
- vi) Privatización de las empresas públicas.
- vii) Desregulación de los mercados laborales.
- viii) Eliminación de barreras a las inversiones extranjeras.
- ix) Marco jurídico e institucional que refuerce los derechos de propiedad.

En general, los cepalistas coinciden en que hubo logros positivos a nivel de equilibrios macroeconómicos, pero a costa de frenar o revertir el crecimiento, y de incrementar los niveles de desigualdad⁷⁹.

⁷⁸ *Revista de la Cepal*, N° 60 (1996).

⁷⁹ Resumimos aquí, además de las ideas de Rosenthal, las de Oscar Altimir y Pedro Sainz aparecidas respectivamente en el N° 52 (1994) y el N° 48 (1992) de la *Revista de la Cepal*.

Entre los logros se puede mencionar que a fines de los 80 la inflación promedio anual de la región era de 1.000 % mientras que en 1994 fue de 25 %, para lo que ayudó el que las diversas fuerzas políticas y sociales se percataran del peligro, y entraran en conversaciones y acuerdos para doblegarla.

Existe además en las economías latinoamericanas una orientación más firme hacia las exportaciones, mayor austeridad fiscal, gestión más prudente de la política monetaria, y mayor renuencia a recurrir a la regulación estatal de la actividad económica.

Pero la crisis mexicana alertó asimismo sobre la vulnerabilidad de algunas recuperaciones, obtenidas con la ayuda de capitales extranjeros que se pueden retirar a la menor señal de peligro, o ante perspectivas más favorables en otros entornos. La fragilidad de esta situación se hace más aguda si se observa que gran parte del ahorro externo que entró a la región no fue destinada a la inversión sino al consumo.

Los distintos resultados en cada país pueden ser explicados por la variedad en los instrumentos que se aplicaron y en los ritmos con que se impusieron; por la diferente voluntad y capacidad política de implementar ciertas medidas; por cambios de Gobierno que a veces debieron su victoria electoral a una promesa fallida de cambiar de rumbo; por la estructura y fortaleza económica previa de cada nación.

En todo caso, ha cambiado la orientación general de la economía. Antes se apoyaba en la sustitución de importaciones y la inversión pública. Ahora privilegia la sustitución de exportaciones y la inversión privada. Los proyectos parciales de integración de los sesenta se olvidaron en la primera mitad de los ochenta, y ahora se van transformando en un "área de libre comercio de las Américas". Se ha reforzado la presencia extranjera por la acción conjunta de los procesos de privatización, conversión de deuda en inversión, apertura comercial y vuelta a la vieja política de compartir con otros países la explotación de los recursos naturales.

Los diferentes niveles de éxito han hecho que se comience a clasificar a los países latinoamericanos en dos grupos: los exitosos, a quienes se premia con nuevos flujos de inversión (en 1990-91 las tres cuartas partes se dirigieron a Chile, Argentina y México), y los fracasados.

Por lo demás, durante todo el período hubo escasos avances, e incluso retrocesos, a nivel de equidad.

Rosenthal atribuye este fenómeno al crecimiento insuficiente del empleo productivo, a la ampliación de las diferencias de salario entre trabajadores especializados y no especializados, a la restricción e ineficiencia del gasto fiscal, y al sesgo regresivo de algunas políticas.

Sainz resalta las *transferencias patrimoniales* generadas por la fuga de capitales, la privatización, las crisis financieras, el fortalecimiento de los grupos exportadores, la modificación del sistema tributario hacia los impuestos indirectos, la inflación que perjudica más a los asalariados, la disminución del gasto social, y los subsidios directos o indirectos (precios bajos en los insumos producidos por las empresas públicas) a las empresas en dificultades.

Hay además un deterioro en la *distribución factorial* del ingreso, en parte por los beneficios obtenidos por los capitales extranjeros, y en parte por la flexibilización del mercado laboral (menor fuerza de los sindicatos), y el incremento del desempleo o el empleo informal.

Incluso dentro del mundo empresarial, la heterogeneidad estructural ha hecho desaparecer a muchas firmas orientadas al mercado interno y con tecnologías menos avanzadas. Además, las fuentes de crédito no han estado suficientemente abiertas a la pequeña y mediana industria, y los nuevos macro-centros comerciales, al estilo USA, han desplazado a los pequeños comerciantes.

Miguel Székely, al estudiar los efectos del ajuste estructural en México, intenta abordar el problema desde tres perspectivas complementarias: los cambios en los niveles de pobreza durante el período, la distribución de los beneficios del crecimiento y las pérdidas del ajuste, y la probabilidad de compensar a quienes salieron perjudicados en el proceso.

Los niveles de pobreza se pueden calcular a través de alguno de los indicadores convencionales.

Para decidir si los beneficios del crecimiento superaron o al menos compensaron a los perjuicios del ajuste, algunos autores tratan de calcular la elasticidad de diversos índices de pobreza a las variaciones en el ingreso per capita. Székely no se muestra muy de acuerdo con este camino, ya que no toma en cuenta que a veces una variación cuantitativamente idéntica de un

índice de pobreza se puede deber a fenómenos subyacentes muy diversos, que afectan de distinta manera a los sectores sociales implicados.

En cuanto a la probabilidad de compensar a quienes perdieron en el proceso, el estudio calcula cuantos años de crecimiento serían necesarios para superar la pobreza, en diversos escenarios, donde los nuevos ingresos se reparten equitativamente entre toda la población, se entregan íntegramente a los pobres, o se reparten de acuerdo a la distribución del ingreso existente antes del ajuste.

El estudio de México se realizó en 1984 y 1989. Los resultados fueron bastante negativos. Hubo una clara transferencia de ingresos desde los más pobres a los más ricos, y el tiempo necesario para salir de la pobreza era más largo en 1989 del que hubiera sido necesario en 1984.

Por el lado contrario Lawrence H. Summers, basándose en un examen auto-crítico del Banco Mundial (1992) sobre los programas realizados o apoyados por esa institución, trata de relativizar algunos de los juicios negativos que se han dirigido contra ellos, aunque el objetivo fundamental del artículo sea evaluar si los préstamos que se hicieron para apoyar los programas de ajuste cumplieron sus objetivos⁸⁰.

Estos serían el logro, a nivel macroeconómico, de la estabilidad de precios y el equilibrio en la Balanza de Pagos y, a nivel microeconómico, la implementación de reformas institucionales, con el fin de lograr una mejor asignación de los recursos y mayores tasas de crecimiento.

Se concentra únicamente en los países que recibieron ayuda y lograron algún tipo de ajuste, ya que por ejemplo Chile y Vietnam se ajustaron sin ayuda, y Zambia y Tanzania no se ajustaron a pesar de las ayudas.

Summers comienza por resaltar lo que otros muchos autores señalan al emitir un juicio sobre aquellos años. No es posible evaluar los efectos de un programa comparando cómo estaba un país antes y después del ajuste, ya que los efectos benéficos del mismo se suelen manifestar a largo plazo. Tampoco tiene sentido comparar cómo evolucionaron países que no recibieron ayuda en contraste con quienes sí la recibieron, ya que cada país enfrenta pro-

⁸⁰ *The American Economic Review*, N° 2 (1993).

blemas distintos con intensidades peculiares, y con capacidades internas de respuesta muy dispares.

Se vuelve a repetir asimismo el argumento quizás más contundente de quienes defienden los ajustes. El que un enfermo después de una operación esté peor no se puede atribuir a los médicos sino a la gravedad del mismo enfermo y, quizás, a su irresponsabilidad por haber acudido tarde a buscar remedio.

Summers llega a tres conclusiones:

i) Los países que han aceptado los programas de ajuste a mediados de los 80 tienen mayores tasas de crecimiento, ahorran más (aunque no hayan crecido en igual proporción los gastos de inversión), y han rebajado sus déficit fiscales.

ii) Ha habido que asumir costos a corto plazo, que se manifiestan sobre todo en una sensible reducción de los salarios y el empleo, en parte debida a que el capital se hace cada vez más productivo gracias al progreso tecnológico.

iii) Los programas han sido más exitosos en países de ingresos bajos-medios, que en los de ingresos bajos, ya que ellos están destinados a fortalecer una estructura existente, pero no pueden crearla (se menciona aquí el ejemplo patético del África Sub-Sahariana).

Por otra parte, no es realista pensar que con unos pocos años de ajuste se va a lograr el desarrollo. Además, hay que tener en cuenta que, aunque las metas de los organismos internacionales estaban claras desde un principio, los medios ha habido que improvisarlos y modificarlos más de una vez sobre la marcha.

El artículo de Summers concluye presentando sus "críticas a cuatro críticas" referentes a los programas de ajuste:

1) Se dice que los pobres han sufrido más y se ha agudizado la desigualdad, lo cual se atribuye básicamente a la modificación de los precios relativos entre bienes comercializables y no comercializables, a la disminución de la demanda, y a la reducción del gasto público.

Pero -comenta Summers- en los países que han asumido los programas de ajuste los indicadores sociales no se han deteriorado significativamente.

En relación con los precios relativos, el cambio de orientación de la producción de bienes no comercializables (sustitución de importaciones) a la de bienes comercializables (sustitución de exportaciones) pue-

de favorecer a los campesinos de algunos países, si lo que se exporta son productos agrícolas.

La disminución de la demanda es en este tipo de programas hasta cierto punto inevitable. Pero la ayuda financiera internacional ha logrado que sus efectos sean menos agudos. Además esta reducción de la demanda es beneficiosa a largo plazo, ya que si no crece el producto y se quiere seguir consumiendo al mismo ritmo, el país se endeudará indefinidamente o perderá el acceso al crédito y se hundirá por completo.

Por fin, la contracción del gasto público ha sido parcialmente compensada por la creación de programas sociales, financiados con ayuda internacional, para auxiliar a los más necesitados. No hay que olvidar, además, que una parte significativa del gasto social en educación y salud es de hecho regresivo, ya que permite el acceso gratuito a los servicios públicos a personas que podrían pagar por ellos.

2) Los programas de ajuste -dice la segunda objeción- pasan por alto que los Tigres Asiáticos y Japón no crecieron gracias al libre mercado sino por la política activa de Gobiernos que supieron crear subsidios a la producción, y definir y liderizar la política industrial y comercial de esos países.

Quienes afirman lo anterior olvidan, sin embargo, que se dieron en esos casos otros elementos muy importantes para explicar el éxito logrado: estabilidad macroeconómica sostenida, altos niveles de educación, fuertes inversiones en la mejora del capital humano, instituciones políticas sanas y sólidas, un fuerte apoyo a las estructuras de mercado y a la iniciativa del sector privado. Eso es lo que ayudan a lograr los programas de ajuste.

Además, el intervencionismo estatal corre el peligro de no saber cuándo el niño debe ser protegido y cuándo hay que dejarlo caminar por su cuenta. Por otra parte, la intensa presencia del Estado en la vida económica de la India o la Argentina no logró que esos países se convirtieran en Tigres.

3) Los programas de ajuste -dice la tercera crítica- dan por supuesto que los equilibrios se alcanzan restringiendo la demanda. Esa convicción ha impuesto a los países demasiada austeridad, una fuerte recesión y una elevada devaluación.

A esto se responde que si la situación es insostenible (p.ej. por la presencia de una hiperinflación galopante) no se puede esperar a que los ajustes microeconómicos hayan tenido éxito, y se expanda la producción al nivel de la demanda, para comenzar a imponer los ajustes macroeconómicos requeridos.

Por otra parte, uno de los problemas microeconómicos por los que la oferta de bienes y servicios no ha crecido lo suficiente es la insuficiencia de inversión y, dada la incapacidad interna de financiarla, los recursos no llegarán hasta que las reformas macroeconómicas logren crear confianza en los inversionistas extranjeros.

En relación con la política fiscal, se han estudiado formas menos onerosas de reducir el déficit. Así por ejemplo los nuevos préstamos han reducido la carga de la deuda. Y en cuanto a la conveniencia o no de buscar la solución por la reducción del gasto corriente, se apunta que otras alternativas, tales como recortar los gastos de inversión, pueden paralizar el país a mediano plazo.

4) El ajuste -señala por fin la cuarta crítica- perpetúa las políticas equivocadas al auxiliar a los Gobiernos que se encuentran en crisis, en vez de dejar que se hundan y se vean obligados a cambiar de rumbo.

Los que formulan esta crítica olvidan que los programas de ajuste más bien tratan de ayudar a los Gobiernos a que corrijan sus políticas erradas, aunque no siempre lo logren porque es imposible imponer por la fuerza políticas más acertadas desde fuera del propio país. Por otra parte, no se puede dejar morir a un pueblo "para que aprenda el Gobierno".

Además hay que recordar que los programas de ajuste son tratamientos de *shock* ante una emergencia, pero no pretenden pronunciar la última palabra. Después de haber superado la enfermedad hay que pensar en fortalecer la salud para no volver a caer enfermo. Por eso los planes del Banco Mundial para los años por venir buscan avanzar en diversos campos tales como: lograr mayores tasas de crecimiento, intensificar la acumulación de factores productivos, trabajar para que los Gobiernos de los países que han pasado por la crisis no sólo no hagan las cosas mal sino que aprendan a hacerlas bien, educar para un mejor cuidado del ambiente, avanzar en cuanto a gobernabilidad para hacer viables las políticas necesarias.

No nos vamos a decantar a favor o en contra de una posición en esta interminable secuencia de dimes y diretes, donde siempre es posible ofrecer una imagen distinta según los elementos que se decida resaltar en el análisis.

En todo caso, al menos en lo que a América Latina se refiere, el balance de los años ochenta no es nada halagüeño.

Existen muchos estudios detallados sobre un conjunto de países. Así por ejemplo uno de los trabajos de Oscar Altimir⁸¹ analiza la evolución de la desigualdad en los últimos treinta años en diez países latinoamericanos: Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela.

John Bishop⁸² hace lo mismo en otros diez países, pero esta vez desarrollados: Australia, Canadá, Francia, Holanda, Noruega, Suecia, Suiza, Reino Unido, Estados Unidos y Alemania Federal.

George Psacharopoulos⁸³, tras recoger datos relevantes de 18 países latinoamericanos, concluye que en la década de los 80 sólo Chile y Colombia terminaron con un ingreso *per cápita* superior al inicial. La región como un todo decreció en un 11%. La proporción de pobres creció de 26,5 % en 1980 a 31 % en 1989. Sin embargo a partir de 1990 se perciben ciertos signos de recuperación. Esto permite aventurar que quizás 1989 coincidió con el fondo de una fase recesiva en el ciclo económico.

En cuanto a la relación entre crecimiento y pobreza, la mayoría de los países muestran un comportamiento *procíclico* de la distribución, de manera que un crecimiento del ingreso promedio va acompañado por una mejora en la distribución y viceversa. Hay signos de comportamiento anticíclico en Brasil (crece el ingreso y aumenta la desigualdad) y en Uruguay donde ocurre lo contrario.

La Cepal, en su reciente documento sobre "La brecha de la equidad: América Latina, el Caribe y la Cumbre Social" preparado para la Primera Conferencia Regional de Seguimiento de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, celebrada en Sao Paulo entre el 6 y el 9 de abril de 1997, reconoce también que la pobreza en

⁸¹ *El Trimestre Económico*, N° 241 (1994).

⁸² *Canadian Journal of Economics*, N° 3 (1993).

⁸³ *The Review of Income and Wealth*, N° 3 (1995).